



*La Mujer
Equivocada*

Amaya Evans

LA MUJER EQUIVOCADA

AMAYA EVANS

2019

Título Original: LA MUJER EQUIVOCADA

Copyright © 2019 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

SINOPSIS

Después de la muerte de su amado padre, Constance Glanvile debe convertirse en una pariente pobre dependiente de su tía la baronesa de Tinsley. Pero ella no tiene planes de cobijar bajo su ala, a la pobre muchacha venida a menos, sino de sacar provecho de ella como chaperona.

Constance acepta las condiciones de su tía para quedarse, sabiendo que a su edad y con ese trabajo, tendrá muy pocas expectativas de casarse y tener una familia propia. Pero lo acepta pues lo que menos quiere es enamorarse y cree que su destino ya está escrito. Sin embargo, ella no sabe que Lord Víctor Champan, conde de Crasford, alguien de su pasado con quien tal vez no tuvo un buen comienzo, volverá a su vida para despertar sentimientos poderosos y mostrarle que nada está escrito en piedra como ella pensaba.

Capítulo 1

La baronesa miraba a su sobrina como si fuera un bicho raro pero mientras lo hacía pensaba que podía sacar provecho de la situación. Después de todo Constance, ahora era huérfana y no tenía otro lugar a donde ir más que a casa de los únicos familiares que le quedaban.

—¿Está usted de acuerdo, tía Dorothy?

—No me digas tía, debes decirme siempre lady Tinsley o baronesa. No es correcto que me trates con tanta familiaridad y mucho menos si estamos frente a otras personas.

—Pero usted es mi tía, y siempre la llamé así.

—Ahora no lo harás —la miró molesta.

Constance bajó la mirada —si...lady Tinsley.

—Bien, ya que nos estamos entendiendo, pasemos a otras cosas. —haló un cordón detrás de la cortina y poco tiempo después apareció el mayordomo.

—Bradford, diga que preparen una habitación para la señorita Champan.

—Muy bien, milady.

—La habitación princesa Rose, puede ser.

—Como ordene milady. —El hombre salió de la habitación.

—Te quedarás aquí, en “Loon Springs”, como mi sobrina pero en calidad de chaperona. Tu prima Constance tiene que ser presentada en sociedad y necesito alguien de confianza para que esté al pendiente de ella. Sí lo piensas bien, ha sido algo bueno que llegaras hasta aquí. —La miró de pies a cabeza —, eres una muchacha bonita, de buen ver, pero debes estar por los veinte años o tal vez veintiuno, ¿verdad?

—Acabo de cumplir veintidós.

—Bueno, ya prácticamente has pasado la edad casadera.

Constance se mordió la lengua para no contestarle. Ella no era ninguna solterona, todavía podía conocer a un buen hombre y casarse. Pero no era lo que quería en ese momento y guardó silencio porque esa mujer con su actitud indiferente, que solo la había visto un par de veces en su vida y que se llevaba

muy mal con su padre, era la única que podía ayudarla.

—¿Trajiste mucho equipaje?

—No lady Tinsley solo traje unas pocas.

—Muy bien, entonces súbelas a tu habitación. Una de las criadas te la mostrará y después podemos ver algunos vestidos de Aurora que ya no usa, para que los puedas adaptar a ti.

—Gracias, lady Tinsley

—No me agradezcas, es lo mínimo que puedo hacer por mi hermano. Ahora, ve a tu habitación y nos vemos para la cena.

Constance subió a la habitación dispuesta para ella. Por un momento se imaginó un cuarto pequeño o incluso uno en el ala de la servidumbre, pero para su sorpresa Era una habitación muy linda, aunque quedaba al fondo; de hecho era la última de las habitaciones de aquel piso y se preguntó si tendrían las demás ocupadas. Pero se imaginó que probablemente la idea había sido marcar distancias con ella y el resto de la familia. Después de todo, ella no era más que una pariente pobre y ya mucho hacía su tía con dejarla vivir allí y darle una habitación en la misma área.

Todo era hermoso y muy acogedor; lo primero que vio fue la cama enorme de hierro fundido tan grande que cabrían ella y otra persona más tranquilamente. Estaba vestida con volantes, cintas, además de grandes almohadas que provocaba tocar. Fue hasta ellas para sentir la suavidad de estas y quedó impresionada, pero cuando se lanzó en el colchón y notó lo blando que era, quedó maravillada. En su casa había comodidades, pues su padre siempre había vivido bien, aunque no con lujos. Sin embargo su cama y su habitación, en nada se parecían a esta. Un mueble pintado a mano con decoración de flores, estaba a un lado de la puerta. Las paredes, ventanas y alfombras estaban cubiertas con diseños ornamentados. Una mesita de noche con una lámpara de cerámica estaba junto a la cama y las ventanas tenían cortinas de terciopelo con delicadas flores pintadas. Fue a su baúl, se cambió y se colocó algo más cómodo para hacer una pequeña siesta. Estaba agotada

después del viaje hasta allí, y todavía tenía que prepararse para la cena con su tía, esa noche.

Un toque en la puerta mucho más tarde la despertó, miró hacia todos lados sin reconocer el lugar donde estaba hasta que recordó que era la casa de su tía y notó que estaba oscuro. Se levantó de un salto y abrió la puerta. Una muchacha como de unos diecisiete años, la miraba con curiosidad.

—Señorita, soy Daysi, una de las criadas.

—Oh, mucho gusto Daysi. ¿Se te ofrece algo?

—Bueno...la baronesa quería saber que le sucedía porque no ha bajado a cenar.

Constance se quedó fría. Se había dormido y ya había comenzado la cena.

—Por favor, díles que bajo en un segundo.

—Sí, señorita. —la muchacha enseguida se fue y Constance tomó el vestido que había escogido para esa noche, que afortunadamente había mandado a planchar y se lo puso apresuradamente. Ella no tenía doncella de manera que tenía que hacerlo todo sola y eso la demoraba aun más. Se arregló el cabello como pudo, se colocó sus zapatillas y bajó corriendo. Al llegar al comedor encontró que ya habían comenzado sin ella.

—Buenas noches —dijo avergonzada.

—Buenas noches, lamento llegar tarde.

—la cena aquí es alas siete en punto, Constance. Espero que para una próxima ocasión no lo olvides.

—No lo haré tía —miró al puesto al lado del de su tía y vio a una joven que le sonreía con calidez.

—Prima Constance, que bueno verte de nuevo —sus ojos azules, muy despiertos la observaban con curiosidad y amabilidad al tiempo. Se sorprendió al ver como había cambiado su prima Aurora. Se había convertido en una hermosa mujer.

—¡Aurora, prima! Cuanto tiempo sin verte. Estás preciosa

La joven sonrió. —Gracias, prima —fue hasta ella y la tomó de las manos —. No sabes el gusto que me da verte aquí. Estoy segura de que la vamos a pasar muy bien.

—No olvides que tu prima, solo está aquí para ayudarte en calidad de

chaperona. Vienen muchas invitaciones ahora que estamos en el campo. Nuestro vecinos comenzaran a realizar eventos en sus casas y cuando yo no pueda acompañarte, ella estará contigo. Sin embargo hay que mantener las distancias, no es nada parecido a una hermandad —aclaró.

—Por supuesto, lady Tinsley, soy muy consciente de ello —respondió Constance.

Aurora miró a su madre con reproche. —Madre, Constance es de la familia.

—Lo sé, querida. Por eso he permitido que se quede aquí con nosotras. —le dijo como si fuera una niña pequeña a la que había que hablarle con paciencia para que entendiera—. Ahora ¿podríamos seguir con la cena?

Ambas se miraron un momento y Aurora volvió a sonreírle infundiéndole ánimos. Se sentaron y se dedicaron a cenar en silencio.

Los días siguientes Constance trató de adaptarse lo mejor que podía a la rutina de la casa, a sus costumbres, los requerimientos de su tía y a su nuevo cargo de chaperona de su prima. Habían sido días buenos al lado de Aurora. Ella insistió en que fueran a diferentes partes para pasear y divertirse un poco. Obviamente los pasatiempos del campo, jamás se parecerían a los de Londres. Claro que ella tampoco es que hubiera estado en muchas partes, pues su padre era solo el dueño de un pequeño negocio, una botica donde les iba bien pero no vivían como ricos ni alternaban con la nobleza. Sin embargo de vez en cuando su padre la llevaba a algunas de las exposiciones de pintura, o al palacio de cristal con sus muestras arqueológicas o de ciencias. Él siempre le había dicho que deseaba que fuera distinta a las demás jóvenes, que no tenían nada en su cabeza si eran hijas de sociedad o solo querían un marido y terminaban llenándose de hijos, si eran de clase media o baja. Él quería un destino distinto para ella, por eso la educó, le enseñó literatura, matemáticas, le permitió leer libros que eran considerados de uso exclusivo para caballeros porque la cabecita bonita de una mujer no alcanzaba para entenderlos. Siempre le dijo que fuera ambiciosa en sus metas, que tuviera sueños grandes. Constance siempre le agradeció eso, que cultivara su intelecto.

—¿Te diviertes? —escuchó que su prima le preguntaba, sacándola de sus pensamientos.

—Oh sí, mucho. Hace un clima maravilloso y un paseo por el pueblo siempre es algo que anima el espíritu.

—Es verdad, a mí siempre me levantó el ánimo.

Se detuvieron en una parte tranquila llena de vegetación y Aurora quiso salir del coche—vamos Constance ¿Qué daño puede hacer salir y respirar aire puro? Solo iremos por aquel sendero donde hay un riachuelo.

—Bueno...hace algo de calor, no creo que sea mala idea.

Ambas caminaron hasta el sitio y mientras Aurora se quedaba recostada a una piedra viendo el agua correr y sumergiendo sus pies para refrescarse un poco, Constance se fue a caminar un poco más. La estaba pasando realmente bien hasta que el ruido de unos cascos de caballo la sobresaltó. Iban a todo galope por lo que escuchaba y cuando algo saltó intempestivamente frente a ella saliendo de la nada, trató de apartarse, pero el jinete pasó muy rápido a su lado. Constance cayó al piso en su afán de no ser atropellada por el animal y se golpeó una pierna con un troco caído en el suelo.

El hombre que cabalgaba sobre el animal, se detuvo abruptamente y se bajó del animal a toda prisa.

—Señorita ¿está usted bien?

Ella al principio estaba demasiado adolorida y sorprendida para contestar, pero cuando él volvió a preguntarle, Constance lo miró directamente a los ojos echando fuego por los suyos. —¿Pero en que estaba pensando maldito loco? —estaba tan furiosa que lo que menos le importaba en ese momento era cuidar su vocabulario—. ¿Está usted ciego?

—No lo estoy pero podría decir lo mismo de usted ¿acaso no vio el caballo? —le dijo de la misma forma mal educada que ella le haló.

—¡No! —le gritó fuera de sí—. ¡No lo vi! —trató de apartarse—, ¿me veo como alguna desquiciada que quiere morirse colocándose enfrente de un caballo para suicidarse?

Víctor no quiso argumentar mas con aquella mujer, estaba demasiado preocupado por haberle hecho daño y si así era, lo mejor era apresurarse para que la viera un médico. —Déjeme ver esa pierna —tomó su tobillo sin respeto alguno y ella forcejeó para apartarse.

—Sí sigue haciendo eso, va a lastimarse.

—No creo que más de lo ya estoy —lo miró bien y pensó que ese rostro lo había visto antes, en algún lado. *¿En qué lugar?*, se repetía.

El hombre siguió tocando y subiendo de su tobillo su pantorrilla y luego a su muslo.

—Es...es usted doctor —le preguntó esperanzada en que así fuera, pues de otra forma estaba dejando que un total desconocido la tocara de manera muy inapropiada y si alguien los veía, su reputación quedaría por los suelos.

—No, no lo soy —sonrió.

—¡Es usted un descarado!! ¿Qué es lo que sucede con usted? Yo soy una dama, no una tabernera o algo peor a lo que usted estará acostumbrado —exclamó indignada—, haga el favor de soltarme.

El hombre divertido la soltó—tiene usted un carácter muy volátil, señorita...

—Glanvile —respondió— y no estoy sola, he venido con otras personas.

Él se echó a reír de nuevo—Bueno, me alegra saberlo —se quedó pensando— ¿Glanvile? Conocí a una joven de apellido Glanvile alguna vez —la miró de nuevo. Esta vez con más detenimiento—. Dios mío, ¡no puede ser! —exclamó sorprendido— ¿es usted Constance Glanvile?

—¿Nos conocemos? —le preguntó segura de que así era pero no sabía en donde.

—Soy Víctor ¿me recuerdas? El hijo de la señora Bradford

—Oh si, por supuesto —dijo ella sin mucha emoción, al reconocerlo. Lo recordaba claramente; fue el chico que le hizo la vida imposible cuando era una niña. La madre de él iba mucho al hospicio al que su padre solía ir a llevar comida y algunas cosas que ya no usaba. Siempre había sido muy amigo de la caridad y se lo había inculcado a ella también. Muchas mujeres y hombres estaban allí en una situación terrible de pobreza y olvido absoluto. Recordaba a la madre de Víctor, una viuda amable, de sonrisa fácil que siempre estaba ayudando a los demás.

—¿Su madre vive por aquí?

Su rostro se entristeció. —No, mi madre murió hace algunos años.

—Lamento mucho escuchar eso, era una señora muy amable y dulce.

—Lo era —dijo él en acuerdo y no agregó nada más.

De repente la tomó en brazos.

—¿Que está haciendo? —Preguntó aterrada—. ¡Haga el favor de bajarme in mediatamente!

—Sí usted quiere lo haré, pero déjeme decirle que así como está, no puede caminar.

—No importa, me arriesgaré —le dijo en tono altivo.

—Pero yo no. —le dijo molesto, luego la subió a su caballo—, si no me va a dejar examinarla, entonces al menos la llevaré. Después de todo, esto ha sido mi culpa.

—¿A dónde cree que va conmigo?

—A su casa, por supuesto.

—Yo no vivo por aquí —le mintió—, además estoy acompañada.

—¿Su novio? —preguntó sin preámbulos.

—¿Como se atreve?

—El sonrió descaradamente —solo le he preguntado, no he dicho nada malo.

—No es que a usted le incumba, pero mi acompañante es mi prima.

—¿Y como se llama su prima?

En el momento en el que iba a decírselo, ella apareció— ¿Constance? ¡Oh por Dios, Constance! ¿Qué te ha sucedido?

—No es nada grave —contestó Víctor.

—¿Víctor? —Aurora se sorprendió—, quiero decir lord Carston. ¿Qué hace por aquí?

—Lady Aurora, que placer verla. Yo...me dirigía a mi casa cuando tuve un pequeño accidente con la señorita Glanville.

Aurora volvió a mirar a su prima. —¿Está seguro de que no ha pasado nada grave? —le preguntó preocupada.

—Por supuesto, no soy médico, pero sé que no ha sido una fractura, pues estaría dando gritos de dolor, sin embargo fue un golpe fuerte y debe tener una magulladura, tal vez desgarramiento de algún tendón.

—Oh mi Dios...creo que lo mejor será llevarla en el carruaje. Está a pocos metros de aquí. —voy a ir adelantándome para decirle al cochero que esté listo para partir.

Víctor asintió y llevó el animal a paso lento para que no le doliera mucho a Constance. —¿De dónde conoce a mi prima?

—Somos vecinos ¿Cómo podría no conocerla?

—Ya veo... —se quedó pensando mientras se mordía el labio inferior.

—No haga eso, echará a perder esos hermosos labios.

Ella le lanzó una mirada venenosa. Víctor no dijo nada más. Cuando llegaron, la cargó de nuevo y la depositó suavemente en el coche.

—Gracias —le dijo todavía mirándolo con suspicacia.

—Es un placer, señorita Glanville —le hizo una inclinación de cabeza y a su prima también, mientras se balanceaba sobre su montura para subirse a ella — iré detrás de ustedes, si no les importa.

—Oh no, para nada. Nos sentiremos más seguras contando con su presencia —dijo Aurora, mientras Constance le abría los ojos para que no lo alentara más. Cuando el coche se puso en marcha y las dos se quedaron solas, ella la regañó—, ¿pero en que estabas pensando, Aurora?

—¿Por qué estás tan molesta, prima?

—Bueno, será porque ese hombre casi me mata con su caballo y ahora me duele todo el cuerpo.

—Por eso vamos a casa para que te vea el médico personal del conde.

—¿Como sabes que eso será lo que pase?

—Lo conozco —le dio una sonrisa tonta—, es demasiado caballero para dejar las cosas así.

Capítulo 2

Efectivamente como su prima lo dijo, lord Carston la hizo examinar por su médico de cabecera y luego no contento con eso, pago todos los gastos y le dijo a la baronesa que todos los días esperaba noticias de su progreso, finalmente le hizo prometer que cuando ella estuviera bien, las tres; su tía, Aurora y Constance, irían a cenar en su casa. Constance no quería pero su tía, inmediatamente dijo que allí estarían de manera que a ella no le quedó más remedio que asistir, y allí era donde estaba ahora. Con un vestido de su prima que solo tenía una postura, pues unos días después ya había sido tachado de su lista de favoritos, Constance llegó a la enorme mansión de lord Carston.

Todavía no entendía como Víctor era el actual conde de Carston cuando ella lo conoció como el hijo de una viuda acomodada, pero al final, era plebeyo. Ella nunca supo que el fuera hijo del antiguo conde. ¿Como pudo pasar eso?

Ella escuchó a su padre decir una vez, que la señora era viuda de un capitán muerto en acción y vivía de la pensión que le había dejado. ¿Como era que ahora se había convertido en conde? Algo estaba pasando allí, y ella lo averiguaría. No dejaría que engañara a su prima con un compromiso pensando solo en el dinero de ella, cuando resulta que era algún don nadie haciéndose pasar por un noble.

—¡Constance! —su prima la llamó.

—Oh discúlpame prima, estaba admirando el hermoso lugar.

—¿Verdad que si? Es una casa muy hermosa.

El mayordomo las recibió, tomo sus abrigos y las hizo pasar al salón de visitas. En el momento en el que llegaron allí, vieron a Víctor encaminarse hacia ellas—mis queridas damas, que hermosa visión para mis ojos, tenerlas en mi hogar.

—Lord Carston, siempre tan galante —dijo la baronesa.

—Lady Aurora, deslumbrante como siempre —agregó al verla.

El sonrojo en la cara de Aurora lo dijo todo. —Muchas gracias, Lord

Carston. Es un placer estar aquí hoy, estamos muy agradecidas por su invitación.

—Ni lo mencione, el placer es todo mío —buscó a Constance con la mirada y la vio detrás de la baronesa como si no quisiera ser notada—, señorita Glanville, es un gusto verla de nuevo y sobre todo ya mucho mejor —sus ojos negros como la noche, la observaron de arriba abajo, haciendo que ella se sonrojara. Enseguida tomó su mano y la besó.

—Gracias, lord Carston. Le debo a usted esa mejoría, en parte.

—Fue mi médico personal el que hizo todo, pero créame que lo poco que haya hecho yo, fue con el mayor de los gustos —respondió al tiempo que su primo llegaba en ese momento haciendo una reverencia a todas ellas.

—Que hombre más suertudo entre tantas bellezas —dijo una voz muy familiar para Víctor.

Él sonrió para ver a su primo sonreír como lobo hambriento. —Permítanme presentarles al señor Nigel Chapman, mi primo.

Constance nunca lo había visto pero por su mirada algo descarada supo que no era precisamente un santo. La observó abiertamente, de una manera fija sabiendo que eso sería además de muy mala educación, y luego le sonrió.

—La señorita Constance Glanville.

Aurora no era envidiosa ni nada por el estilo, pero de repente sintió molestia por tanta atención hacia su prima, cuando las dos personas de mayor rango social eran su madre y ella. —Es una prima lejana, que ha venido a visitarnos por un tiempo —dijo enseguida.

—Es muy hermosa hermano, no la dejes ir.

—Yo... —Constance no encontraba las palabras para sacarlo de su error.

Nigel la miró confundido.

—Lo que mi prima Lady Aurora, quiere decir, es que lord Carston ha pedido a la baronesa, que le permita cortejarla —aclaró Constance.

Inmediatamente el hombre pareció algo avergonzado por su error —le ruego me disculpe, lady Aurora. Y tratando de recomponer las cosas miró a su hermano—de todas formas eres un suertudo, lady Aurora es una joven preciosa y estoy seguro de que todos te envidiarán.

Víctor lo miró como si quisiera asesinarlo y no respondió. Luego les

sonrió a las damas. —Por favor, pasen por aquí —ofreció su brazo a la baronesa, mientras Constance y Aurora los seguían.

La noche fue pasando entre una cosa y otra. Ella esperó que hubiera menos gente, pero al parecer no habían sido invitadas exclusivamente a la casa del conde. Allí también se encontraban otras personas como el vicario del pueblo junto a su esposa que estaba recién llegados, y dos parejas más, unos eran amigos de la familia al parecer y los otros eran una pareja conformada por un terrateniente muy importante de la zona con su joven esposa que a leguas se notaba, era al menos 15 años menos que él. Todos departían hasta que tocaron el gong, anunciando que había llegado el momento de la cena. De allí en adelante, ella buscó la forma de hablar con Víctor, pero no pudo, ya que su prima lo acaparaba a cada segundo, y ella podía ver que no siempre era una atención muy bien recibida por parte del conde. Pese a eso, Aurora parecía determinada a que este hombre fuera su esposo, sin lugar a dudas impulsada por la ambición de su madre. Durante toda la cena, Nigel no hizo más que deshacerse en halagos y como su puesto quedó junto al de ella, se la pasaron toda la velada hablando de una cosa y de la otra ante la mirada malhumorada de Víctor.

—Déjeme decirle señorita Glanville, que es usted una joya. Como es posible que no la haya conocido antes.

—Bueno, recuerde que no frecuentamos los mismos círculos —sonrió

—Cosa que no entiendo, siendo familiar de la baronesa.

—La verdad es que ella es hermana de mi padre, pero él era un hombre modesto con una pequeña tienda en Londres.

—Ya veo, tenía una vida muy distinta me imagino.

—Es cierto, la tenía, pero ya no tiene caso hablar de ello. Ahora vivo aquí y debo acostumbrarme. No soy de muchas reuniones sociales y eventos nocturnos, sin embargo tampoco los veo como algo aburrido.

—¿Le gustan las actividades al aire libre?

—Oh si, las disfruto mucho.

—Entonces ¿qué le parece si mañana me acompaña a un pequeño paseo por los alrededores? ¿Sabe montar?

—Lo lamento, no soy muy buena en eso. He estado aprendiendo con mi

prima porque a ella le encanta e insiste en que la acompañe.

—Es algo que se aprende poco a poco. Sin embargo, el contar con una buena montura, siempre ayuda.

—Es cierto, aunque Romeo, el caballo que me dan siempre a mí, es un tanto voluble.

—Eso no es bueno. Tal vez yo pueda ayudarla, sé algo de caballos. Tengo una hermosa yegua muy mansa y creo que para empezar, ese es el mejor tipo de caballos. Le diré a mi primo que le preste una montura más dócil que el caballo en casa de su tía. Podríamos llevarlo el día que vayamos del paseo.

El rostro de ella se iluminó. —¿Haría eso por mí?

—Por supuesto.

—Pero... ¿No se molestará su primo?

—No veo por qué, solo va a prestarle una montura, no a regalársela.

Alguien se aclaró la garganta—ya que esta deliciosa cena ha terminado, creo que podemos tomar una copa y luego jugar una partida de Whist ¿Qué les parece la idea?

—¡Encantadora! —dijo la baronesa—, soy una excelente jugadora, así que cuídese lord Crasford. Todos se echaron a reír y el ambiente se tornó más animado.

—Tomaré eso como un reto, lady Tinsley —se levantó al igual que los demás invitados y ofreció su mano a la baronesa. Todos los siguieron al salón. Aurora no sabía bien como jugarlo y Víctor propuso que Constance hiciera pareja con él y la baronesa lo hiciera con Nigel, cosa que no le agradó mucho a su prima, sin embargo hizo cara de estar totalmente de acuerdo.

Mientras jugaban ella pudo observarlo bien, en esos años no había cambiado mucho, seguía siendo muy guapo, aunque antes era larguirucho y ahora tenía un cuerpo bastante atlético. Le gustaba su sonrisa y un pequeño hoyuelo en su barbilla que se notaba más cuando sonreía.

Un rato después y con la victoria asegurada, llegó el té y Nigel aprovechó para sentarse a su lado.

—Señorita Glanvile ¿Qué le ha parecido el juego?

—Muy interesante, además de educativo. Lord Carston es un verdadero as cuando se trata de ganar.

—Oh sí, mi primo está muy familiarizado con ese término. —Lo miró de soslayo y enseguida su atención volvió a ella, —me han dicho que toca el piano.

—Es muy buena —dijo Aurora.

—¿Tocaría para nosotros?

Constance sintió una tremenda timidez, hacía tiempo que no practicaba, pues en casa de su tía estaba prohibido desde que su esposo había muerto. Al barón le encantaba tocarlo. Pero eran tantas las ganas de volver a sentir las teclas de un piano, que asintió. Fue hasta el piano lo probó un momento y se instaló para tocar, con el temor de que se notara que sus manos estaban algo temblorosas por el susto de hacerlo mal.

—No nos mire, señorita Glanvile. Solo déjese llevar, sienta su música como me imagino que siempre lo ha hecho.

Constance lo miró con un gesto de gratitud. Luego cerró los ojos y la música comenzó a fluir libremente. Se dejó llevar por su mente a un lugar hermoso, tranquilo, donde solo había paz y allí se encontraba su padre que tanta falta le hacía. Él la cobijaba en su brazos y le decía que todo estaría bien, que siempre estaba con ella cuidándola. Eso la hizo tocar con su corazón y la melodía a pesar de ser algo triste, fue hermosa. Cuando terminó, se hizo un silencio sepulcral, seguido de una ovación de pie y gente felicitándola.

—Maravilloso, señorita Glanvile —dijo Nigel.

—Espléndido, en verdad —decía el vicario y hasta su tía que pocas veces tenía una palabra de cariño se acercó a ella—niña, que belleza, me has hecho recordar a mi amado Arthur, que Dios tenga en su gloria. Él tocaba así como tú, con el corazón. Ella agradeció sus amables palabras y luego miró a un lado donde estaba Víctor. Sus miradas se encontraron y ella no supo decir que veía en sus ojos, pero la observaba con tal intensidad que ella tuvo que apartar su mirada de él. Víctor se dio cuenta y entonces se acercó—. Fue como escuchar a los ángeles, señorita Glanvile.

Constance se sonrojó. —¿le parece?

—Por supuesto que sí, fue sublime.

—Muchas gracias.

—Yo no sé tocar tan bien como mi prima pero todos dicen que canto

espléndidamente. ¿Quisiera escuchar? —le preguntó Aurora a Víctor.

Él sin poder decir otra cosa, aceptó—por supuesto, será un honor.

Nigel se les unió en ese momento. —Estoy impresionado, señorita Glanville. Es usted una mujer de muchos talentos.

—Yo... diría que solo tiene uno —agregó Aurora con cierto tono de amargura.

Todos la miraron extrañados por su mal comentario. —Quiero decir, en cuanto a la música.

—Pero es una conversadora extraordinaria, sin hablar de sus magnificas ocurrencias que me han deleitado durante toda la cena y ahora descubro que toca como los ángeles —ella le sonrió y él, le devolvió el gesto ofreciéndole su brazo— tiene que contarme quien la enseñó a tocar de esa manera. — Ambos se fueron alejando mientras hablaban sin tener en cuenta a nadie más.

Ninguno de los dos se percató de la mirada que Víctor les daba, pero Aurora si la pudo ver, al igual que su madre y eso les preocupó.

Constance se hallaba en la biblioteca cuando escuchó pasos que se dirigían hacia allí. Al abrirse la puerta el lacayo le dijo que su tía la necesitaba y luego se fue. Tenía el presentimiento de que no le caía bien a ese lacayo en especial y al mayordomo, pero tendrían que aguantarse porque era su tía la que al final decidía si ella se iba o no. Entendía muy bien que su presencia allí los confundía, pues era una pariente de la baronesa y al mismo tiempo no era tratada como todos los demás de la familia.

Caminó hasta el salón donde estaba su tía, y la encontró leyendo algunas notas. —Oh, qué bien que ya estás aquí. Necesitaba hablar contigo unas cosas para que no tengamos malos entendidos.

—Sí dígame, baronesa.

—Anoche vi demasiado interés de parte del conde en ti, cosa que no me gustó. ¿Debo recordarte que estamos hablando de un hombre interesado en mi hija?

—Oh no, baronesa. Yo jamás osaría...

—Pues no lo hagas, niña. Las dos sabemos que aun si guardaras esperanzas con el conde, jamás podrías lograr algo con él, obviamente porque no son de la misma clase. —su tono despectivo, le dolió y estuvo a punto de recordarle que eran familia, aunque al parecer ella no lo veía así.

—Y ya aclarado el asunto, me gustaría pedirte el favor de que vayas al pueblo. Necesito algunas cosas de la botica.

—Muy bien, iré a ponerme algo más abrigado y saldré enseguida.

La baronesa la observaba fijamente.

—¿Se le ofrece algo más?

—¿Has visto a mi hija?

—Sí, madame. Ella está en su habitación leyendo un rato.

—Muy bien, entonces ve a lo que te he dicho.

Constance asintió y salió del salón. Sí ellas supieran, pensó. Ella conocía desde mucho antes a Víctor y no era ningún conde, solo un impostor que ella muy pronto descubriría.

Capítulo 3

Cuando iba de camino al pueblo, no pensó que tendría un encuentro con el conde. Ella iba bastante distraída hablando con el perro de la casa que la acompañaba a todo lado.

—¿Tú crees que decirme a esta hora que necesita algo de la botica, cuando pudo habérmelo dicho más temprano y no amenazaba con llover? Esa mujer es insufrible. Podrá ser mi familia, pero definitivamente le falta humildad y hasta carisma. El perro a su lado seguía caminando moviendo la cola y dando algún ladrido entre tanto y tanto como signo de que estaba de acuerdo.

—¿Haciendo ejercicio? —la sorprendió la voz grave de Víctor —siempre he dicho que una corta caminata es buena para la salud.

—Me ha dado un tremendo susto, lord Carston.

—Por favor, Constance, dime Víctor. Nos conocemos hace mucho como para tener esas formalidades.

—Es cierto, nos conocemos hace mucho, y es por eso que necesitaba hablar con usted...es decir contigo.

—Muy bien...tú dirás.

—No me gustan los rodeos, de manera que voy a ser directa. ¿Por qué te burlas de mi prima de esa manera? No eres ningún conde, lo sé bien.

—¿Oh si? ¿Y como es eso? ¿Crees que porque me conociste de niño y solo veías a mi madre, yo no tenía un padre?

—Sé que tu padre era un capitán del ejército que al morir dejó a tu madre con una pensión para que viviera cómodamente contigo. Jamás le escuché decir a mi padre que eras el hijo de un conde o algo por el estilo.

Víctor empezó a reír descaradamente y eso la puso furiosa. Siento decepcionarte porque me imagino que lo que deseabas era que fuera un fraude para así vengarte de todo lo que te hice cuando éramos niños, diciéndole a la baronesa y a lady Aurora, la verdad.

—No voy a negar que habría sido algo muy refrescante. No fuiste la mejor persona del mundo conmigo. Sin embargo no lo haría por eso, sino por ellas

dos.

—Puedes preguntarle a quien quieras. Por Dios Constance, ¿acaso no estuviste en mi casa?

—Sí, pero puedes igualmente ser un impostor y por algún motivo tienes acceso a ese lugar.

Él se rio de nuevo. —Eso no es tan fácil como crees, has leído muchas novelas.

—Bueno, pues si es una mentira, pronto se sabrá.

—Es decir que no confías en mi —no era una pregunta.

—Por supuesto que no ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Tienes razón ¿Por qué deberías? Lo que has conocido de mí, no es lo mejor. Pero a mi favor tengo que decir que era un muchacho. Un chico confundido, porque sabía que tenía un padre, pero este no me quería, y además me obligaban a decir mentiras sobre un hombre que jamás existió y que se suponía era mi padre.

—¿Como es eso?

No creo que sea el mejor lugar para hablar de eso. Mi primo va a venir en cualquier momento, se supone que estaríamos cabalgando juntos, pero siempre hace lo mismo, se va por otro sendero, supuestamente a conocer y me deja solo. No demora en aparecer.

—Oh ya veo...entonces creo que lo mejor será que siga mi camino.

—Puedo llevarte si quieres o al menos acompañarte hasta que ese tonto se aparezca. —dijo en tono burlón.

Pero en ese momento llegó Nigel. Venía a todo trote en su caballo y ella supo el momento en que se dio cuenta de que era ella, porque sonrió sinceramente. Cuando estuvo junto a ellos, hizo una inclinación respetuosa. — Señorita Glanville, que maravilla encontrarla por aquí.

—Estaba caminando rumbo al pueblo cuando me topé con su primo.

—Hombre afortunado —miró a su primo riendo.

—Ya me ofrecí a acompañarla.

—Muy bien, entonces seremos dos los acompañantes ¿Qué le parece?

—Es un gesto muy amable de su parte, pero en verdad ninguno de los dos debería molestarse. El pueblo queda muy cerca de aquí, y estoy con el perro

de la casa, que me defiende.

—No es conveniente que un a dama camine sola por estos parajes, aunque sean seguros y vaya con un perro. Hay amenaza de lluvia y si eso pasa, lo mejor es tener un caballo cerca...o dos —miró de reojo a Nigel.

—Está bien aceptaré su compañía, muchas gracias —se puso en camino con un hombre a cada lado de ella y se preguntó qué diría su tía al verlo.

El paseo al pueblo fue bastante entretenido y se rio mucho de las ocurrencias de Víctor y su primo. Él había cambiado, pues del joven iracundo y amargado que se burlaba de ella por sus dientes grandes y su estatura, lo que quedaba, era un caballero que en todo momento había sido amable y considerado. Llegó a casa antes de que empezara a llover y eso fue gracias a que Nigel se ofreció a llevarla en su montura, porque de esa manera llegarían más rápido. Ella accedió con la condición de que la dejaran cerca de la casa pero no en la puerta, pues si su tía veía eso, no le gustaría. Ellos tuvieron la amabilidad de no preguntar la razón y ella se sintió más tranquila por eso. No sabía porque tenía el corazón acelerado desde que había visto a Víctor de nuevo. Él la miraba de una forma que hacía temblar su cuerpo entero y no podía evitar hablar rápidamente y ponerse nerviosa. Ella que siempre había sido tan propia y en su puesto, tan calmada para actuar, y ahora parecía una gelatina cada vez que lo veía. *“Quítate esas ideas de la cabeza, Constance Glanville. Es el pretendiente de tu prima así que ni se te ocurra pensar en él como algo más que un primo”*, además si ese hombre de verdad es el conde de Crasford, está muy por encima de ti, se dijo mentalmente.

Al momento de entrar a la casa, se dirigió a donde su tía para entregarle su pedido y luego fue a la habitación de su prima.

Tocó la puerta y se extrañó al no escuchar a su prima dejarla pasar. Volvió a intentarlo nuevamente, pero tampoco tuvo suerte y se preguntó qué ¿estaría pasando? ¿Estaría enferma o dormida? Se fue entonces a su habitación y cuando fue el momento del té, volvió a buscarla. Esta vez la encontró en el salón de dibujo.

—Aurora, prima, te estaba buscando. Quería mostrarte los vestidos tan hermosos de esta revista que ha llegado hoy.

Su prima la trató con indiferencia—no me interesa nada de eso ahora —

siguió leyendo su libro.

—¿Te pasa algo?

—Nada que te importe.

—Bueno, yo...solo quería ayudar —se extrañó por su respuesta.

—Y bastante que lo has hecho. —Sus ojos la miraban con rabia y decepción— ¿crees de verdad que soy estúpida?

—Por supuesto que no —le dijo confundida por su actitud.

—Me enteré de que estuviste con el conde más temprano.

Constance se quedó sorprendida ¿Quién pudo haberlos visto y le fue con el chisme?

—Sí, yo estaba con el conde y su primo. El señor Chapman cabalgaba con el conde cuando nos encontramos y se ofreció muy amablemente a acompañarme al pueblo. Luego me dijo que me podía llevar en su caballo y ahorraría tiempo para no mojarme, pues llovería pronto.

—De todas formas nada tienes que hacer con ninguno de los dos. ¿Crees que Nigel se te va a declarar y a casarse contigo? —se levantó de su silla y tiró el libro—veo tus oscuras intenciones y ya que no puedes con el conde, piensas que al menos podrías tener al baronet.

—Ese nunca ha sido mi intención. No quise ser grosera y por eso acepté, pero si no quieres que me acerque a ninguno de los dos, no lo haré.

—¿Y como harás eso? Tengo entendido que vas a pasear en estos días con el señor Chapman.

—Puedo decirle que no, si eso es lo que desees. De todas formas jamás me he sentido a gusto en ese ambiente y con ese tipo de personas de la nobleza.

—Pues lo disimulas bastante bien —se dirigió a la puerta—, no me importa lo que hagas, obviamente en tu situación cualquiera trataría de escalar como fuera. Eres como un naufrago intentando no ahogarse pegado a una tabla endeble —se echó a reír sarcásticamente. Lo único que te advierto es que no te atrevas a interponerte entre el conde yo.

Al salir golpeó la puerta con fuerza y el estruendo la sacudió hasta los huesos. En ese momento con lágrimas en los ojos y dolida por la humillación de su querida prima, Constance se preguntó donde había quedado aquella

joven tan buena y amable que había conocido alguna vez.

Víctor y Nigel llegaron cansados de su cabalgata y peor aún, mojados. Al venir de regreso de la casa de la baronesa donde habían dejado a Constance, el cielo se abrió de tal manera que quedaron calados hasta los huesos. Corrieron dejando sus caballos en el establo y fueron a cambiarse y a tomar algo que los calentara.

Cuando ambos por fin cambiados y secos se sentaron frente al cómodo fuego y tomaron una copa de brandy de la bandeja que su mayordomo acaba de dejar, Víctor se sintió con fuerzas para hablarle a su primo de lo que le preocupaba.

—¿Y...como van las cosas en la ciudad?

—¿Quieres decir con el negocio?

—Sí...sí, te veo tan tranquilo aquí, que creo que las cosas deben estar saliendo de maravilla.

—Bueno, no es una maravilla, pero tampoco me quejo. A pesar de que es bastante nuevo el negocio del algodón, me va muy bien. —lo miró extrañado ¿por qué lo preguntas?

—Ya te dije que te veo tan...

Nigel no lo dejó terminar. —Eso fue lo que me dijiste pero me gustaría saber la verdadera razón para tu repentina preocupación por mis asuntos en la ciudad —sus ojos lo miraron estrechamente—. ¿No será que quieres que me vaya pronto?

Víctor fingió molestarse. —Por supuesto que no. —Hizo una pequeña pausa y se dio la vuelta para que su primo no viera su rostro—, sin embargo ya que hablamos de eso, puedo imaginarme que debes tener alguna joven esperándote allí.

—Supones mal, no tengo a nadie. —sonrió— es por eso que no creo que me vaya muy pronto. He desarrollado un especial interés por la señorita Glanville.

—Ya veo —dijo Víctor sin poder evitar el rastro de amargura en su voz.

—Es que hace mucho tiempo que no estoy con una mujer como esa. Ya no es una jovencita, puede estar rondando los veintidós. A esa edad ya muchas mujeres pensando en su futura soltería han dado rienda suelta a sus pasiones porque saben que tal vez no consigan un marido y tampoco quieren quedarse sin saber lo que es una relación apasionada, así sea corta. Así que seguramente responderá bien en la cama.

Víctor no aguantó y lo tomó por la camisa. —Respétala, ella no es igual a las fulanas con las que seguramente sueles meterte y que seguramente muestras por todo Londres.

Nigel sonrió. Sabía bien que a su primo le gustaba mucho Constance, y había hablado de esa forma porque quería saber hasta dónde llegaba el interés de él. Poco le importaba Constance, aunque era una mujer hermosa, pero la que de verdad le gustaba era Aurora. Él la había conocido en Londres en una temporada, y allí habían hablado y hasta bailado. Llegó a hacerse ilusiones pero con la llegada de su primo como heredero del título, ella no lo volteó a mirar más y puso su interés en Víctor. Nigel estaba dolido pero se dijo que tal vez no era la mujer para él y dejó las cosas así. Se dedicó a salir con mujeres y llegó a hacer varios viajes para alejarse, pero jamás pudo olvidarla. Cuando su primo le dijo que no tenía nada con Aurora y que ahora simplemente eran vecinos, él pensó que podría tal vez volverla a ver y asegurarse de que no hubiera nadie en el camino para cortejarla. Y cuando un tiempo después Víctor lo invitó a su casa a pasar unos días, Nigel se dijo que era su oportunidad. Secretamente guardaba la esperanza de que Aurora estuviera en aquella cena para volver a verla y no fue defraudado, pero no pensó que Víctor había cambiado de opinión y pidió a su madre, el poder cortejarla formalmente.

Ahora, después de tantear el terreno con su primo y ver donde realmente estaba su interés, empezó a albergar esperanza.

Llegó el día en que Nigel recogería a Constance para que pasearan y ella aunque no muy convencida, de todas formas se puso su vestido de montar para ir a cabalgar con él. Además no había llegado solo y estaba con Víctor que también había ido para que así pudieran estar los cuatro y divertirse. Cuando Aurora lo vio su rostro se iluminó y todo la rabia que había en su semblante hasta ese momento desapareció.

—Oh Dios, Constance, espérame. No quiero que se vayan sin mi —subió a toda prisa las escaleras y luego se dio la vuelta— a propósito, te queda muy bien ese vestido viejo. Jamás pensé que podías dejarlo como nuevo, eres muy buena con la aguja —nuevamente continuó su carrera hacia su habitación.

—Pero... no puedo quedarme aquí mientras ellos están afuera. Saldré y les diré que entren un momento.

—Está bien, haz lo que quieras —fue su respuesta grosera.

Constance así lo hizo, salió, y los saludó—buenas tardes, caballeros.

—Buenas tardes, señorita Glanville.

—Señor Chapman, lord Crasford —miró a ambos hombres que bajaron inmediatamente de sus caballos y besaron su mano.

—Les pido disculpas, pero mi prima está preparándose para cabalgar y creo que demora unos minutos más.

—No se preocupe, señorita Glanville. Nosotros somos los culpables por no avisar a tiempo que veníamos los dos.

—Sí gustan pasar y tomar una taza de té mientras esperan...

—Muchas gracias, muy amable —respondió Víctor mientras ambos pasaban adentro.

Cuando ambos estaban en el salón con Constance, ella podía sentir el ambiente pesado. Ambos hombres miraban para un lado distinto y ella no sabía que tema poner.

—Yo...quería....

Ambos voltearon a mirarla enseguida—que...que bonito clima está haciendo hoy ¿Verdad? —dijo nerviosa.

—Efectivamente, un día maravilloso —dijo Víctor.

—Un paseo a caballo en un día como este es algo maravilloso. No teníamos un clima así desde hace un tiempo. —agregó Nigel.

—Es cierto, y eso no nos deja más remedio que sentarnos aburridas como ostras.

—Señorita Glanville, por favor, cuando esté aburrida no tiene más que enviarme una nota y con gusto la llevaré a donde quiera —dijo Nigel.

—No creo que una dama como la señorita Glanville vea correcto enviarle notas a un caballero que apenas conoce para que se encargue de divertirla. —

le dio una mirada asesina.

—Bueno yo... —ella no sabía que decir.

—¿Por qué no dejamos que sea ella misma la que decida qué es lo que ve o no ve correcto? —dijo Nigel.

—En realidad pienso... —Constance fue a hablar de nuevo cuando vio a su primo.

—Buena tardes, caballeros —dijo Aurora que venía a toda prisa. — espero no haberlos hecho esperar mucho

—Para nada —dijo Víctor.

—En lo absoluto —comentó Nigel sonriéndole— es usted la imagen misma de la belleza, lady Aurora.

—Muchas gracias, señor Chapman —comenzó a pestañear como si tuviera algún mugre en los ojos y Constance resistió las ganas rodar los ojos.

—Creo que lo mejor es irnos ya, antes de que se dañe el día —dijo Víctor acercándose a Aurora y ofreciéndole su brazo, y lo mismo hizo Nigel con Constance.

—¿Está seguro de que esa yegua que trajo es completamente tranquila?

—Se lo aseguro.

Constance sonrió entre agradecida y asustada y pidió internamente a todos los santos que eso fuera verdad

Capítulo 4

Cuando ya iban cabalgando, Aurora iba unos pasos atrás conversando con Víctor, mientras que ella iba a delante con Nigel.

—Es un hermoso animal —acarició el lomo de la yegua.

—Lo es, aunque no es de la que le hablé, pues esa es mía y está en Sussex, en mi finca.

—¿En Amberley?

Él sonrió. —Veo que no ha olvidado que le dije que vivía allí.

—¿Como podría? Dicen que es uno de los sitios más hermosos de Inglaterra.

—Y lo es —dijo con seguridad—. Sí algún día va allí, se dará cuenta de que es un sitio tranquilo, se vive sin complicaciones y la gente es muy amigable. Tal vez los inviernos son un poco duros, pero es una vista hermosa cuando el valle se cubre por el espeso manto de niebla.

—Debe ser hermoso, me gustaría ir algún día.

—Puedo invitarle ahora mismo.

—Oh no...yo no quería imponerme de esa forma.

—Ella tiende a hacer eso algunas veces —dijo su prima que se había acercado demasiado.

—Para mí es un placer invitar a las dos —dijo Nigel tratando de ser educado.

Aurora sonrió coquetamente. —Gracias señor Chapman. Siempre tan amable. He escuchado que le ha cedido usted su, montura a mi prima que es un poco torpe para montar.

—No es eso, Aurora. Lo que pasa es que jamás en mi vida había cabalgado y ahora estoy aprendiendo, creo que todos empezamos de esa forma.

—Yo no —una risita burlona salió de su boca

—Me temo que debo estar de acuerdo con la señorita Glanville, nadie nace sabiendo todos los temas y en mi caso particular creo que fui muy malo aprendiendo a montar, estuve más veces en el suelo, que sobre el caballo.

—Oh no, eso no puede ser —empezó a reír Aurora.

—Créalo lady Aurora, puede que ahora no se note, pero así fue. —miró a Constance que se veía avergonzada. Aurora, aburrida de la defensa de Víctor hacia Constance volteó a mirar a Nigel—. ¿Qué le parece si hacemos una carrera?

—Por supuesto, pero déjeme decirle que soy muy buen jinete.

—Oh no se preocupe, yo también —y después de decir eso, azuzó al caballo y empezó a correr sin siquiera haberle avisado a su contrincante. Nigel salió disparado tras ella riendo, y Constance se quedó sola con Víctor.

—¿Quiere alcanzarlos?

—Oh no, yo prefiero el trote tranquilo. No podría ponerme a correr con ellos, y tampoco conozco bien a la yegua.

—Creo que si tomamos aquel camino podremos alcanzarlos cuando lleguen a la colina —le señaló un pequeño sendero de piedra.

—Por mí, esta bien.

Ambos cabalgaban tranquilamente y Víctor la miró disimuladamente. Era una mujer muy bonita, no era una belleza que dejara sin aliento, pero definitivamente se había convertido en una mujer de rasgos finos y llamativos. Sus pómulos bien definidos, ojos azules de un tono muy claro que endulzaba aun más su mirada, enmarcados en largas pestañas, y su boca era un pecado *¿Cómo diablos se le ocurrió de pequeño burlarse de sus dientes y su boca grande?* Sus dientes era bonitos, sus labios gruesos solo daban ganas de besarlos y cuando sonreía aunque no lo hacía mucho, su rostro se iluminaba de tal manera que era difícil para él no caer en la tentación de tomarla en sus brazos.

Ella lo descubrió observándola y él no supo qué hacer, así que dijo lo primero que se le ocurrió. —Lamenté mucho saber de la muerte de tu padre.

—¿Quien te lo dijo?

—Lady Aurora.

Ella abrió los ojos inmensamente. —Por favor no me digas que les contaste sobre que nos conocemos desde antes.

—No, en lo absoluto. Pero... ¿por qué eso te preocupa?

—Bueno...es que ella es un poco celosa. No me gustaría tener problemas.

—¿Por qué habrías de tenerlos? Nos conocemos hace mucho y podemos hablar, no hacemos nada malo.

—¿Tu... estás enamorado de ella? —Constance no supo porque le preguntó aquello pero enseguida deseo haberse callado la boca.

Victor la miró fijamente y no fue capaz de mentirle. —No estoy enamorado, pero en mi posición ella sería la mujer adecuada para, mí. Aunque eso fue algo que hice cuando no imaginé siquiera volverte a ver.

Constance lo miró confundida. —¿Eso en que cambia las cosas?

—Por Dios, Constance. ¿Es que acaso no te has dado cuenta de que no te puedo quitar los ojos de encima?

Ella detuvo el caballo. —¿Perdón?

—Lo que escuchaste. No he podido dejar de pensar en ti desde que te vi allá cerca de ese riachuelo, cuando casi te atropello con mi caballo. He tratado de manejar las cosas de la mejor forma posible porque ya había pedido cortejarla Aurora pero no creo que resulte.

—No digas más, por favor.

—Tengo que decirlo. Ustedes son muy diferentes y por más que trato de llevarme bien con Aurora, ella se porta como una niña caprichosa, solo quiere que todo el mundo haga lo que ella quiere y discúlpame pero no estoy para eso.

—Por favor, Víctor. Esto es inadmisible. No entiendo como puedes hablar de ella de esa forma cuando está tan enamorada de ti y me consta lo especial que es contigo —se molestó—, perdona pero no seguiré escuchando más tonterías —echó a andar a la yegua pero esta se puso nerviosa cuando escucharon un disparo. El animal salió casi volando y Constance trató de agarrarse lo más fuerte que pudo mientras Víctor gritaba que se sostuviera bien y corría tras ella. Al final la montura la arrojó lejos y ella cayó desmadejada en la hierba.

Victor estuvo allí en dos segundos y enseguida empezó a tratar de que despertara. —¿Constance! despierta, por favor. —pero ella no decía una palabra. Después de unos segundos, ella empezó a abrir los ojos y al fin el pudo respirar tranquilo.

—¿Que me pasó? —preguntó aturdida.

—La yegua te tiró al suelo. —Ella se tocó la cabeza adolorida e intentó ponerse de pie pero sintió un dolor terrible en su tobillo y gritó.

—¿Que sucede? —él empezó a buscarle heridas.

—Me duele muchísimo —se quejó tocándose el tobillo.

—Déjame ver —él subió un poco el ruido de su vestido y vio que en verdad estaba muy hinchado.

—Es mejor que te lleve a que te vea un médico.

—Por lo visto, la historia de mi vida —dijo ya entre molesta y adolorida.

Cuando la tomó en brazos vio que venía Nigel y Aurora a todo galope. Al llegar con ellos, ella vio que Constance se quejaba. —¿Que sucedió?

—La señorita Glanville se ha caído del caballo cuando se asustó por un disparo.

—Nosotros también lo escuchamos. Parece que viene de allá —señaló la casa de sus vecinos.

—Tal vez están de caza, y por eso los disparos —dijo Nigel.

—Sea lo que sea hay que llevarla pronto a que la vea un médico —la cargó y la puso en su caballo suavemente. Luego de eso, echó su caballo a andar sin importarle si Nigel y Aurora venían detrás.

—Doctor ¿Cómo encontró su tobillo? —le preguntó Víctor al hombre de semblante serio.

—No hay de qué preocuparse, ella estará bien, Su tobillo sufrió una torcedura y eso implica unas semanas de reposo. Le he recetado algunos emplastos y algo de láudano para el dolor, pero en cantidades muy pequeñas. También le he vendado el tobillo, pero cada dos días deben cambiarle la venda y en ese momento ponerle paños de agua fría y otros de agua caliente. Eso hará que desinflame más rápido.

—Muchas gracias, doctor. Seguiremos sus indicaciones al pie de la letra. —se despidió del hombre.

Cuando se disponía a entrar a la habitación donde estaba ella, vio a una criada saliendo, así que ahora estaban solos. Él se acercó a la cama. —¿Como

te sientes?

—Mucho mejor, gracias —estaba adormilada, seguramente por láudano.

—El doctor dijo que fuera de rasguños y la torcedura no pasó a mayores. La caída fue muy fuerte, pensé que... —calló para no decir que se imaginó que había muerto al verla allí en el suelo inconsciente.

—Afortunadamente no ha sido más que el susto.

Víctor se sentó en la cama y tomó su mano. —Ahora debes cuidarte bien ese tobillo. El doctor ya dio las indicaciones y tu solo debes seguirlas al pie de la letra.

—Ya se encargaran de eso, en casa de mi tía.

—Creo que es más conveniente que estés aquí.

—Oh no, no podría. La gente hablaría.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Entonces iré a visitarte para asegurarme de que te encuentres bien.

Ella sonrió. —Como quieras.

Él pareció querer decir algo más pero no se atrevía.

—¿Pasa algo?

Él se movió incómodo. —Bueno...ya que estamos solos quería decirte lo que realmente pasó para que dejes de dudar de mi.

—¿Quieres decir que me contarás como acabaste aquí, en este lugar y siendo conde? —una mirada traviesa cruzó por su rostro y a él le pareció que se veía más hermosa de lo que ya era.

—Sí, precisamente. —Se levantó de la cama y caminó por la habitación— verás, yo fui el resultado de una relación extramatrimonial entre el difunto conde y mi madre. Él la conoció cuando trabajaba en su casa como doncella de una de sus hermanas. Ella era una mujer de buen ver y él era un tipo apuesto, acababa de llegar de estudiar en Ethon, y le encantaba la lectura como a ella. Un día cualquiera la encontró buscando libros en la biblioteca escondidas y en lugar de reprenderla o acusarla con sus padres, guardó el secreto y comenzó a verla en las noches allí, solo para leer o hablar de sus libros favoritos. Él estaba fascinado por aquella muchacha que a pesar de ser de la servidumbre, era culta e inteligente y con el tiempo esa inusual amistad

fue dando paso a otra cosa, hasta que terminaron enamorándose. Mantuvieron una relación en secreto por dos años, hasta que él se casó por imposición de sus padres y se fue a vivir a otro lado. Pero ya mi madre estaba embarazada y no se lo dijo hasta que la echaron de la casa al descubrir su estado. Ella me dijo que nunca le dijo a mis abuelos paternos sobre quién era el padre, pero que de alguna forma lo descubrieron e intentaron chantajearla para que no lo tuviera. Eso hizo que ella huyera y llegara a Londres donde tendría que cuidarse menos de encontrarse con ellos. Luego de un tiempo el ama de llaves de la casa donde mi padre se crio, le contó lo que había sucedido y mi padre se encargó de buscarla por cielo y tierra hasta que nos encontró. Él tenía una muy mala relación con su mujer y ella solo le dio hijas, así que al ver que yo era ese hijo varón tan ansiado, busco la forma de mantenernos en el anonimato pero darle una buena vida a mi madre y a mí, mientras por otro lado llevaba una existencia de caballero sin tacha y de esposo entregado a su familia.

—Oh Dios, lo siento mucho. Debiste sufrir terriblemente al no poder tener ese padre que todo niño desea.

—Lo hice, y me convertí en un muchacho rebelde, agresivo, y muy triste por dentro.

—Ahora lo entiendo —dijo ella con una mirada triste en sus ojos.

—Cuando él estaba a punto de morir, ya había hecho todos los trámites con su abogado para reconocerme como su legítimo heredero, y cambiarme el apellido de Bradford a Chapman. Argumentó que yo era el primer hijo que tuvo con su esposa, pero que una mujer lo había robado y jamás supieron de él muchacho hasta ese momento.

—¿Y su esposa estuvo de acuerdo en esa mentira?

—Completamente —respondió con un tono helado en su voz—, las cosas que la ambición puede hacer, ni te las imaginas.

—¿Pero eso no causaría que a tu madre la llevaran presa o peor? ¿Ella no se defendió?

—Sí, y efectivamente eso intentaron pero él le dio una cantidad de dinero muy grande y le dijo que se fuera del país y me dejara con él. Que con ellos tendría todas las comodidades y la educación que no pude tener antes. Que viviría como un príncipe y además ostentaría el título de conde. Y bueno...ella

pensando en mi bienestar y en que si no lo hacía sencillamente moriría en la horca, aceptó. Habló conmigo me explicó las cosas y sea fue con la promesa de que mantendríamos contacto todo el tiempo. Me dijo que más adelante cuando fuera conde, podría mandar por ella y vivir juntos.

—¿Y fue así?

—Sí, nos mantuvimos en contacto hasta tres años después, cuando contrajo pulmonía y murió en un país desconocido completamente sola. —los ojos de él estaba brillantes y ella podía ver el dolor en ellos.

—Debí luchar por quedarme con ella, pero era apenas un muchacho.

—No te sientas culpable —estiró su brazo hacia él para que se acercara. Víctor lo hizo y ella sin penas en consecuencias lo abrazó—, lo siento mucho.

Para él que jamás había sentido un gesto sincero como ese de apoyo, después de lo de su madre, fue algo muy significativo.

—¿Y como fueron las cosas cuando llegaste aquí?

—Jamás llegué, fui directo a Ethon, la misma escuela donde estudió mi padre. En parte porque debía educarme como un futuro conde y en parte porque la mujer del conde, no quería ni verme. Le recordaba la infidelidad de su esposo, aunque realmente no hubo ninguna, porque todo pasó antes de que se casaran.

—Tal vez le recordaba su incapacidad de tener hijos varones —dijo ella. Sé que de las mujeres siempre se espera tener varones y cuando no aseguran el título de sus esposos con un heredero lo ven como un fracaso personal, sin añadir que los demás se aseguran de recordárselo.

—Puede ser, pero en todo caso la mujer no era precisamente una buena persona. Además ella aceptó todo esto porque de lo contrario sus hijas se quedarían sin nada, solo con la dote estipulada por su padre y nada más, ya que todo pasa a manos del próximo heredero en la familia que al parecer no era nadie, y el título desaparecería.

—Y tu primo, Nigel?

—Él es hijo de mi tía pero es... ¿como decirlo? Mi tía, la hermana de mi padre y su esposo, lo adoptaron porque era hijo de una pareja de amigos de ellos que murieron en un accidente. Sin embargo, no eran personas de la nobleza ni nada parecido.

—Ya veo...

—Esa mujer, la esposa de mi padre, sabía que al desaparecer todo, ella no podría vivir sin todos sus lujos. Solo aceptó esto por dinero y comodidad, pero hoy en día la mujer no puede ni verme y como mi padre ya murió, pues le di el gusto a ella de no verme más. La envié muy lejos a una de las propiedades de mi padre en Northumberland.

—¿Y eso te ha hecho sentir bien?

—Por lo menos estoy más tranquilo, que despertando todos los días para ver la mala cara y el desprecio en sus ojos y los de mis hermanas.

—Debes perdonar.

Él se echó a reír. —Es fácil decirlo.

—Sé que es fácil para quien no ha sufrido lo que tu, pero la cosa es que es un veneno que solo te afecta a ti.

—Como podría perdonar a la mujer que aceptó esto en parte porque quería ver lejos a mi madre que no era culpable de nada y ¿como podría perdonarlo a él, que traicionó el amor de mi madre, cuando la acusó de haber robado a su hijo, solo porque era un hombre ambicioso que no quería perder todo lo que tenía? Puso todo eso por encima de su amor por mi madre y terminó por asesinarla porque ella se decepcionó tanto que murió de tristeza.

—Es cruel, lo sé. Y no lo excuso, pero debes perdonar para que no te haga daño a ti. Vivir con rencor no es bueno —miró sus ojos atormentados y su mano como por voluntad propia acarició su rostro. Entonces Víctor hizo lo que llevaba tiempo deseando hacer; bajó su cabeza, sus labios rozando los suyos hasta que los tomó suavemente y la besó.

Ella dejó que sus ojos se cerraran, inclinando aún más la cabeza hacia atrás. Colocó una mano alrededor de su mandíbula, aumentando la profundidad del beso, y con la otra mano le acarició la nuca, luego su hombro, y bajó por su clavícula...

—Entraré para ver como sigue, nadie me ha dicho de su estado — escucharon la voz de Aurora quejándose mientras se aproximaba. Ambos saltaron y él se alejó de la cama como si esta le quemara mientras iba hasta la esquina. Constance por su parte se metió entre las cobijas y se tapó hasta el cuello.

La puerta se abrió de repente y Aurora se sorprendió al ver a Víctor allí.

—Lord Crasford ¿Qué hace usted aquí?

—Bueno... yo solo quise venir a ver como seguía la señorita Glanville.

Ella hizo mala cara—pero los dos aquí solos, eso no se ve bien.

—Lady Aurora, permítame recordarle que estoy en mi casa y que la señorita es mi invitada. Mi medico acaba de examinarla y lo menos que puedo hacer es venir a verla.

—Sí, si claro. Discúlpeme, por favor. Yo no quise sugerir nada malo, es solo que usted sabe que las malas lenguas podrían hablar al ver a un caballero y a una dama solos en una habitación.

—Sí estuvieran haciendo algo malo o la dama en cuestión no estuviera tendida en una cama adolorida por haberse caído de un caballo, tal vez sí.

—Es cierto —su cara estaba roja de la vergüenza— disculpeme. —Luego miró a Constance— ¿te sientes mejor, querida?

—No mucho —contestó Constance como si le doliera todo, aunque en realidad el láudano estaba haciendo su efecto. *¿O era aquel beso que acaba de darle Víctor?*

—Ahora que nos vayamos te pondremos cómoda en tu habitación y cuidaremos bien de ti.

—No creo que sea conveniente moverla con su tobillo tan hinchado, creo que sería más prudente llevarla a casa mañana cuando tu tobillo este un poco mas deshinchado.

—Oh no, eso no sería bien visto.

—Sí uste y su doncella se quedan para hacerle compañía no veo por qué no.

—Tal vez lo mejor hubiera sido que al caerse del caballo la hubiésemos llevado a nuestra casa como sugirió el señor Chapman.

—Lady Aurora, mi casa estaba mucho más cerca en ese momento y al no saber qué era lo que tenía su prima por la caída, lo más prudente era que fuera atendida inmediatamente por el médico que además vive a pocos kilómetros de mi hogar.

—Sí...bueno, creo que está usted en lo correcto.

—Enviaré una nota a la baronesa inmediatamente —agregó para no dejarle

tiempo a sacar más excusas y peros.

—Está bien, aunque me gustaría enviarle una de parte mía también.

—Como guste, lady Aurora.

Ambos salieron de la habitación dejando a Constance sola para que descansara.

Capítulo 5

Nigel estaba feliz. No se alegraba del mal ajeno pero desde que Constance se había caído de la yegua aquella tarde, él había podido ver más seguido a Aurora. Víctor solía ir con Nigel y la idea era visitarlas a ambas pero al final siempre terminaba acaparando la atención de Constance y él terminaba hablando con Aurora. Al parecer ella también se había dado cuenta de lo mismo y a pesar de que al principio notó cierta frialdad hacía Víctor por preferirla, él se encargó de hacerle ver que había mejores posibilidades y que él si deseaba cortejarla en serio. De manera que empezó a ganársela poco a poco y la invitó a diferentes paseos y eventos en el pueblo a los que felizmente ella nunca se negó.

Esa tarde por ejemplo, había un picnic en casa de unos buenos amigos de la familia de la baronesa y todos iban con excepción de Constance que al parecer no había sido invitada y Víctor porque estaba en una cita con su abogado y se desocupaba hasta tarde. Nigel iba dispuesto a aprovechar lo máximo su estadía en aquel lugar con las damas, y quería ganarse el afecto de la baronesa que al parecer lo veía con buenos ojos, pero solo como amigo de su hija.

Constance se vio libre de aquel picnic como también de la presencia de su tía y Aurora, así que quiso saltar de emoción. Últimamente había tenido que ver las malas caras de su prima y de su tía, que todo el tiempo le decía que ese accidente había sido lo peor que podía pasarle porque ella era la chaperona de su hija y no había podido hacer bien su trabajo por culpa de eso. Indirectamente le hacía ver que ella no estaba allí en calidad de familiar a la altura de ellas sino como una trabajadora más y en esos últimos días le había prohibido a la servidumbre subirle la comida. Le dijo que ella estaba lo suficientemente bien como para empezar a bajar en las mañanas y a la hora de la cena.

Con esfuerzo Constance, por evitar discusiones, empezó a bajar y a pasar más rato con ellas pero si antes no era bien recibida en esa casa, ahora menos.

Por lo que empezó a planear irse de allí. *¿Qué tan malo podría ser vivir en una casa de institutriz?* Ella sabía lo correcto para ser una, y no era una mala vida. Tal vez una muy solitaria pero no una mala. Así su prima podría por fin casarse con Víctor y ser la condesa de Crasford.

Víctor no se imaginó que se desocuparía tan pronto de su cita con el abogado, y la verdad era que tenía una pereza horrible de ir a esa invitación de los condes de Hallinworth. De solo imaginar a la baronesa tratando todo el tiempo de hablar de las innumerables cualidades de su hija con ese parloteo incesante que solía tener, ya empezaba a sentir dolor de cabeza. Tomó a Rufus y a Hercules, sus dos mastines napolitanos. Eran sus bebés y adoraba salir a pasear con ellos. Ellos adoraban el pasto, el bosque, y correr tras los animales que veían por ahí, de manera que cuando solo dijo vamos, ellos ya estaban de pie, mirándolo expectantes. Salió por la parte trasera de la propiedad y los animales echaron a correr sin pensarlo dos veces. Estuvo caminando un buen rato, divirtiéndose con los perros, lanzándoles una rama, que ellos inmediatamente salían a buscar tumbando todo lo que estuviera en medio. Cuando venía de vuelta, se sorprendió al escucharlos ladrar fuerte y lloriquear.

—¿Que podría ser? —apresuró el paso y los vio jugando con alguien. Sonrió al ver que se trataba de Constance que les hacía cariños y les hablaba bajito. Ellos se habían enamorado de ella cuando estuvo en su casa. Recordaba que fue a visitarla y los perros se metieron a la habitación sin siquiera esperar a ser llamados. Ella los vio y los llamó para que subieran a su cama, cosa que ellos no demoraron en hacer. Aurora parecía a punto de darle un ataque, pero Constance estaba feliz y los perros también. Duraron un rato con ella, hasta que Víctor los sacó porque temía que Aurora se infartara. Desde ese día fueron buenos amigos y ahora que se encontraban de nuevo, ellos hacían su respectiva celebración. Se echó a reír mirando como movían la cola.

—Buenas tardes, Constance.

—Lord Crasford, que gusto verlo. Pensé que estaría en casa de los condes de Hallinworth.

—Oh no, no tengo ánimos para ese tipo de eventos este día.

—¿Sucedo algo?

—No, es solo que a veces esas invitaciones son más para jovencitas y madres a la caza de marido, que para pasar un buen rato.

—Y usted no desea ser una presa. —dijo burlándose.

—Exactamente. Por favor, dime Victor. En eso habíamos quedado. —Se acercó más a ella— me alegra ver que te encuentras mucho mejor.

—Gracias. Aunque todavía me molesta un poco cuando afirmo el peso en ese pie.

—¿Y tú? ¿Qué hace por estos lares?

—Yo me dirigía a hacer una pequeña visita.

—¿Oh sí? ¿Por aquí?

—Sí, es la niñera de Aurora. Ella vive en una pequeña casita cerca de aquí, pero ya es una señora de edad y no me gusta que pase tanto tiempo sola.

—¿No debería hacer eso, lady Aurora?

—Debería pero no lo hace muy a menudo y es por eso que voy yo. Además ha estado un poco enferma Por lo que me ofrecí hace unos días a hacerlo y este es el momento propicio.

—Entonces te acompañaré.

—No tienes que hacerlo, es bastante cerca de aquí.

—Insisto —le dijo él ofreciéndole su brazo— así no apoyarás tanto el peso en ese pie y te sentirá mejor.

—Bueno, si lo dices de esa forma, tal vez no sea mala idea —cometió el error de mirarlo un momento y vio sus ojos observándola con una intensidad abrumadora. Enseguida bajó la mirada y se aclaró la garganta—, creo que mejor nos damos prisa, no quiero que se me haga tarde.

Pronto llegaron a una pequeña cabaña desde donde salía humo por la chimenea. Era una pequeña casita pero suficiente para una persona. A un lado había un diminuto huerto, un poco descuidado y del otro lado cerca a la ventana, vio unas macetas con flores. Se acercó para tocar la puerta.

—Buenas tardes —dijo para que la anciana la escuchara.

Se escucharon unos pasos lentos que se dirigían a la puerta. —Un momento, por favor. La puerta se abrió y la anciana la miró un momento como

si no la reconociera, luego al parecer si lo hizo y sonrió—. Buenas tardes, señorita Glanville. Que gusto verla por aquí, muchacha.

—Señora Percy, ya le he dicho que por favor me llame Constance.

—Oh sí, es cierto, lo que pasa es que lo olvido, mi niña.

Constance sonrió. —Señora Percy quisiera presentarle a lord Crasford.

—¿El conde?

—Sí, señora —dijo él tomando su mano para besarla.

La mujer estaba feliz. —Que muchacho tan educado —dijo como si tratara con un niño.

—Es cierto, el conde es muy educado y amable —ambos se miraron y luego ella le hizo señas a la señora Percy para pasar.

—¿Podemos entrar?

—Oh, por supuesto. Que cabeza la mía, disculpen mi mala educación. —ellos pasaron a la pequeña salita que aunque había visto tiempos mejores, estaba muy limpia. Ambos se sentaron y ella fue a la cocina— ¿desean un poco de té?

—Sí, muchas gracias —respondió Constance mientras la veía ir trabajosa a hacerlo.

—¿Puedo ayudarla?

—Eso sería muy amable de tu parte, cariño. A esta edad hay que saber cuáles batallas podemos ganar y cuáles no, y definitivamente servir el té es un poco arduo para mi, el día de hoy.

Constance hizo el té y le dijo que mejor ella se sentara. La anciana así lo hizo y entabló una conversación con el conde. —Constance es una muchacha muy dulce, no la vaya a perder, es una mujer muy valiosa; amable, educada, caritativa y muy bonita.

Ella escuchó lo que la mujer decía y se sonrojó al ver el error en el que estaba. —Oh no, señora Percy. El conde es el pretendiente de lady Aurora.

—Oh discúlpeme lord Carston, la verdad es que hacen tan bonita pareja que me imagine que tal vez...

—No se preocupe, señora Percy, para mí sería un honor tener una mujer tan valiosa como la señorita Glanville a mi lado.

Constance se aclaró la garganta y llevó una bandeja con el té a tiempo para

no seguir hablando de ese tema. —Cuénteme ¿Cómo ha seguido de su gripe?

—Mucho mejor, querida. Aunque todavía me siento un poco adolorida y esta casa es un poco húmeda, por lo que las noches son muy frías.

Constance vio de reojo que tenía poca madera para calentar la casa. —Mañana mismo le diré a mi tía que le envié mas leña.

—No hace falta querida, esa que tengo me durara varios días más.

—Pero señora Percy, es muy poco, a lo sumo le alcanzara para esta noche.

—Me gustaría hacerla rendir, para no dar molestias.

—Oh no, eso no lo voy a permitir. Usted se merece estar cómoda y le pido por favor que cuando no tenga leña me avise y me encargaré personalmente del asunto. Con solo enviarme una nota, bastará.

—Eres un sol, mi niña. Qué suerte tiene la baronesa de contar contigo en esa casa.

Constance sonrió ante sus palabras pero mentalmente se dijo que su tía lo que más quería era echarla de su casa sin contemplaciones. Ella creía que no lo habían hecho porque en una charla semanas antes, su prima se enteró de que ella y Víctor se conocían desde niños y notaron que él, le tenía afecto, por lo que no querían quedar mal con él, echándola de su casa.

Una hora más tarde ambos salían de la casa de la señora Percy, dejándola más tranquila y con su casa bien cálida. Le había llevado algunas provisiones, así que por unos días, ella no echaría en falta nada.

—Todavía no entiendo porque eres tu quien visita a esa pobre anciana, y no lo hace lady Aurora que es la persona que estuvo a su cuidado tanto tiempo.

—Ella no quiso venir. No se le dan estas cosas de visitar enfermos.

—Por Dios, pero si era su niñera al menos debería sentir gratitud.

Constance trató de disculpa el comportamiento de su prima. —La siente, pero es joven y quiere participar de los eventos y de las invitaciones que le hacen. Yo la entiendo.

—Pues yo no —dijo él sin entenderlo.

—¿Tomaremos el mismo sendero?

—Creo que si de lo contrario el otro camino sería más largo —llamó a sus perros que estaban esperando muy cerca de allí. Los dos enormes animales llegaron enseguida a su lado moviendo la loca, felices por estar paseando.

—Se está muy tranquilo, aquí —dijo él.

—Sí. —Al no decir ella nada más, él preguntó—: ¿Has disfrutado del paseo?

—Sí, mucho. Gracias por acompañarme

—Quería estar un rato a solas cuando salí de mi casa, pero no me imagine que tendría tanta suerte, y te encontraría caminando por aquí.

—Lástima que el momento de calma termine pronto —se quejó ella con tanto pesar que él se echó a reír.

—¿Por qué te ríes?

—Bueno, es que creo que ambos estábamos huyendo.

La sonrisa de Constance se borró enseguida—No deberíamos hacerlo. Lady Aurora es tu...futura esposa y la baronesa a pesar de todo me ha dejado vivir en su casa.

—Aurora no es mi futura esposa, yo jamás le pedí matrimonio.

—Pero la estás cortejando bajo el visto bueno de la baronesa.

—Eso fue un error.

Constance comenzó a caminar más rápido. —Creo que es mejor no hablar más del asunto —sintió que una mano tomaba fuertemente su brazo reteniéndola—. No vas a huir más —le dio la vuelta y tomó su rostro entre sus manos—todavía recuerdo ese beso que nos dimos en mi casa —ella trató de alejarse pero él no la dejó—, no me digas que tú lo has olvidado.

—Yo...no puedo hacer esto —el resto de lo que quería decir se perdió cuando él tomó su boca. Presionándola completamente contra el árbol detrás de ellos.

Un extraño estremecimiento se apoderó de ella, haciendo temblar sus extremidades y sentir que su corazón se saldría del pecho.

—Oh, cielos —dijo ella débilmente cuando se separaron unos segundos después.

—He querido besarte tantas veces desde aquel momento en la habitación, que ahora siento que es un sueño —dijo él en un susurro.

Constance abrió los labios bajo su boca y Paul la besó con pasión, con calor. Ella respondió de la misma manera. Víctor no sólo había encendido su deseo, sino que se notaba que estaba igual que ella. Profundizó entonces el

beso, invadiendo su aterciopelada boca con la lengua y dejando que ella hundiera la lengua de manera un poco inexperta en su boca. Luego de unos segundos, susurró contra sus labios entreabiertos. —Dios... quiero tocarte, hacerte el amor hasta que grites de éxtasis —sus caderas se movieron lentamente sobre su sexo y tiró de sus labios tiernos provocándola. Constance se aferró a sus hombros, queriendo sentirlo más cerca. Su boca encontrando la de él mientras la lengua de Víctor la hacía estremecerse y sus dedos acariciaron su mandíbula. Ella gemía desesperadamente al tiempo que una mano de él ahuecaba su trasero. Sus caderas se movieron hacia las de él haciéndolo gruñir y su lengua se movió más fuerte, más profundo dentro de su boca. Las manos de Constance pasearon sobre su pecho y subieron hasta su cuello logrando que Víctor hiciera su agarre más fuerte. Sus manos fueron esta vez a la falda de su vestido y recorrieron sus piernas suavemente intentando llegar a ese lugar íntimo. Pero cuando Constance lo intuyó se detuvo abruptamente y se retorció contra él, apartando sus labios mientras Víctor la miraba confundido.

—Esto no está bien. No es correcto que estés cortejando a mi prima mientras me tratas de seducir.

—Constance créeme cuando te digo que no soy un libertino que va de mujer en mujer endulzándole el oído. Yo nunca he sentido tal atracción por alguien como la que siento por ti. Reconozco que cometí un terrible error que ahora debe arreglar. No debí apresurarme pidiéndole a la baronesa que me permitiera cortejar a su hija. Aurora es muy joven todavía y además su madre la ha malcriado demasiado. Ustedes dos son tan distintas.

—Eso no significa que ella sea una mala persona.

—¿Lo ves? Aún a costa de tus propios sentimientos, la defiendes. —Acarició su rostro—, es imposible no ver que te interesas por los demás, que tienes un carácter amable, alegre, que inspiras calma. No quiero hablar mal de tu prima pero en el tiempo que llevo conociéndola me he dado cuenta de que no se interesa mucho por el bienestar de los demás y algunas veces es un tanto...

—¿Caprichosa?—terminó ella por él, y luego cuando se dio cuenta de lo que había dicho se tapó la boca horrorizada.

—Bueno...si, y no debes sentirte mal por notarlo.

Ambos comenzaron a caminar despacio de regreso a casa, mientras seguían hablando.

—Tal vez tengas razón en lo que dices pero ¿Quién no es caprichoso e infantil a los diecisiete?

—Tu no le llevas mucho, y eres distinta.

Ella sonrió. —Te agradezco que creas que soy tan joven como ella pero pasé de mis veinte hace un tiempo ya.

—Para mí, eres joven, hermosa y he descubierto que tenemos más cosas en común de las que pensé, a pesar de que no tuvimos un buen comienzo.

—¿Te refieres a cuando eras un niño horrible conmigo o a cuando casi me atropellas con el caballo?

Él se echó a reír. —Creo que a ambas cosas.

Hablaron todo el camino hasta que llegaron a “Loon Springs” y se dieron cuenta de que también la baronesa, Aurora y Nigel habían regresado del picnic. Cuando entraron, ellos apenas estaban llegando al salón para tomar un poco de té y en el mismo instante en que Aurora los vio, sus ojos brillaron con furia pero como por arte de magia lo oculto bien y se acercó.

—Lord Carston, lo hemos echado de menos en casa de los condes de Hallinworth

—Lamento mucho en verdad no haberlos podido acompañar, pero ya sabe como son estas cosas. Los temas laborales no dan espera.

—No debería ocuparse tanto de esas cosas y debería divertirse más.

Constance notó como la actitud de Víctor, cambió cuando vio a Aurora. Ella empezó a coquetearle y a sonreírle mientras lo tomaba del brazo y le aseguraba que le había hecho una falta terrible. Sin embargo le pareció ver una mirada de molestia en Nigel, aunque fue tan fugaz que no supo si había visto bien. Al verlos juntos sintió rabia y vio la verdad. Ella jamás podría estar con él, a pesar de que sabía que se había enamorado secretamente. Podría no ser una niña caprichosa como ella, pero no tenía un centavo, ni la posición social de la que ella gozaba. Se fue a su habitación y allí lloró desconsoladamente preguntándose por que había sido tan tonta y se había enamorado de un imposible.

Capítulo 6

Esa misma noche Víctor y Nigel se quedaron a cenar. Todos hablaban animadamente en la mesa.

—Espero que las noches sean igual de divertidas cuando vaya a visitarlos a su casa —le dijo a Víctor mirando también a Aurora.

—Oh madre, no digas esas cosas, pondrás nervioso a lord Carston.

—No veo porque, creo que si lord Carston te está cortejando lo más lógico es hablar del futuro.

—Creo que es algo pronto para hablar de futuro. Aurora y yo estamos disfrutando el momento —dijo él un poco incómodo.

—Pero lo cierto es que cuando nos casemos, yo espero que todas las noches podamos tener invitados y que mi madre esté presente. Obviamente viviremos muy cerca, así que creo que no habrá problemas.

Constance no decía mucho y si alguien le preguntaba algo contestaban con un escueto si o no, mientras trataba difícilmente de pasar bocado.

—Señorita Glanvile, ¿se encuentra bien? —le preguntó Nigel que la veía pálida.

—Sí, señor Chapman. Es solo que me siento algo cansada.

—Puedo imaginarlo si hicieron esa caminata tan larga hasta la casa de mi nana. —Comentó Aurora riendo—, aunque eso es algo típico en Constance — siempre está indispuesta en los momentos mas inconvenientes. Creo que con la edad vienen algunas dolencias.

—Aurora, no seas impertinente —la regañó se madre, que en otro momento no habría dicho nada, pero se dio cuenta del gesto molesto del conde ante las palabras malintencionadas de Aurora.

—Madre, solo digo lo que es cierto —dijo haciendo un pequeño mohín como si fuera una niña.

—No creo que sea justo decir que una mujer que es apenas unos cuantos años mayor que usted, sea vieja. Como tampoco es correcto, ni de buen gusto hablar en una reunión sobre la edad de una dama.

Aurora se sonrojó de pies a cabeza. —Discúlpenme, por favor.

—Creo que lo mejor será que vaya a mi habitación, no quiero echarles a perder la cena —dijo Constance tratando de reprimir las lágrimas.

Los caballeros de pusieron de pie al verla levantarse.

—No tiene porque hacerlo, señorita Glanvile. Su compañía siempre es bienvenida y jamás podría echarnos a perder la cena —dijo Víctor.

—Créame que debo —solo eso respondió.

—Muy bien, si usted insiste —dijo el admitiendo la derrota— espero que mañana se sienta mejor.

Ella salió del comedor y escuchó cuando Aurora comenzaba a hablar de nuevo monopolizando la conversación como si nada hubiera pasado.

Después de la cena, Víctor solo pensaba en Constance y lo triste que se veía. Mientras tomaba una copa no podía sacarse el recuerdo de su rostro y las palabras ofensivas de su prima. Deseaba verla, la sensación de frustración por no poder hacerlo, lo tenía allí, en su estudio solo, frente a la chimenea, tomando copa tras copa de vino y fumando. Lo único que lo reconfortaba era que en menos de una semana, la vería de nuevo y esta vez en otros términos porque había tomado la decisión de hablar con la verdad y decirle a la baronesa que no podía casarse con su hija.

Pero una semana después, cuando regresó de su viaje a Londres, las cosas que pasaron lo tomaron por sorpresa. Su ayuda de cámara le dio una nota después de ayudarlo a vestir.

Apreciado lord Carston, lastimosamente las cosas no siempre salen como queremos y debido a los últimos acontecimientos, he decidido irme a casa de una vieja amiga de mi padre, donde estaré unos días mientras encuentro trabajo como institutriz muy lejos de aquí. Por favor, perdóneme, sé que abrió su corazón conmigo y me habló de sus sentimientos, pero mi moral, y el agradecimiento con mi familia, me impiden seguir viviendo bajo el mismo techo, después de haberme enamorado de usted. Le pido perdón porque no soy lo suficientemente

valiente como para entrometerme entre mi prima y el hombre que ella ama. Le deseo de corazón buena suerte, y una vida feliz al lado de Aurora.

Tenga la plena certeza de mi corazón se queda con usted hasta el último de mis días.

*Afectuosamente,
Constance.*

Víctor salió inmediatamente a casa de la baronesa, maldiciendo su estupidez al no haber aclarado las cosas desde hacía días con la baronesa para así poder pedir la mano de Constance. *¿Por qué se habría ido sin hablar con él primero?*, se preguntaba entre molesto y confundido.

Cuando llegó a casa de la baronesa, bajó corriendo del carruaje, y fue recibido por la misma dueña de casa.

—Oh lord Carston esto es terrible. ¿Como pudo suceder algo así?

Él se imaginó que hablaba de Constance, y su partida tan intempestiva. Sin embargo después de unos minutos, lo sacó de su error.

—Aurora siempre ha sido una joven de su casa, correcta y respetable ¡No sé que se le metió en la cabeza para haber hecho esto!

—No entiendo... pensé que se refería usted a Constance.

—¿Constance? —lo miró extrañada—. ¿Qué pasó con ella?

—Bueno... supe que se había marchado.

—Oh si —dijo quitándole importancia al asunto—, eso fue hace poco, y la verdad creo que ha sido lo mejor. Esa muchacha es una egoísta y mal agradecida. Me pregunto si fue ella quien se aprovechó de nuestra buena fe al abrirle las puertas de nuestro hogar, e influenció a nuestra pobre Aurora de mala manera —lo miró avergonzada—. Yo... en verdad lo lamento tanto lord Carston —se echó a llorar y Víctor le dio un pañuelo.

—No creo que deba hablar así de una persona tan amable como la señorita Glanville, además es su sobrina. Y no creo que lady Aurora sea una persona tan tonta que deje que otros le impongan su voluntad. Conmigo nunca lo hizo —suspiró cansado— ahora por favor, dígame que ha sucedido.

La baronesa empezó a llorar mas fuerte. —¡Que calamidad! mire que irse con su primo a Gretna Green para casarse.

Víctor se quedó como si fuera de piedra. Pensó incluso que había

escuchado mal.

—¿Lady Aurora se ha ido con mi primo a Gretna Green?

—¿No lo sabía usted? Pensé que por eso estaba aquí. Nos hemos enterado esta mañana, pero imagínese que a esta hora ya deben estar llegando a Gretna Green o ya deben haberse casado.

—¿Puede ir a buscarlos, lord Carston?

—Puedo madame, pero ¿de qué serviría? Si ellos han tomado esa decisión significa que ella no estaba verdaderamente interesada en un compromiso conmigo. —le dijo apenado, aunque por dentro agradecía que lo hubieran hecho porque ahora él podía estar libre para cortejar a Constance.

—¡Tonterías! ella se ha visto mal influenciada, primero por Constance y luego por su primo.

—Pues tendremos que averiguarlo cuando estén de vuelta.

La baronesa lo miró con el ceño fruncido. —No parece molesto o siquiera preocupado. ¿Por qué es eso?

Él decidió ser sincero. —Porque señora, en este tiempo en el que he estado visitando a su hija y conociéndola un poco mejor, me he podido dar cuenta de que no tenemos nada en común. Yo venía el día de hoy a decirle que no podía seguir con este compromiso pero jamás me imaginé que ella y mi primo sintieran afecto el uno por el otro.

—¿Pero qué es lo que está diciendo? —exclamó molesta.

—Solo la verdad.

Ella lo miró indignada. —Haga el favor de irse, lord Carston. Ya veo que esto que ha sucedido es muy conveniente para usted. Con infinita pena veo que usted no es un hombre de palabra.

Víctor se levantó de su silla y le hizo una pequeña reverencia. —Lady Tinsley, lamento mucho si mis palabras la han ofendido pero solo quería ser sincero y corresponder a sus atenciones con honestidad. No dude que hablaré con mi primo y me haré cargo de que se porte correctamente con su hija.

—Un hombre que es un baronet no era lo que tenía pensado para el futuro de Aurora. Ella merece alguien mucho mejor.

—Créame cuando le digo que mi primo puede no tener un título como el mío, pero es un hombre de buen corazón y con suficientes ingresos para darle

a su hija una vida más que decente y cómoda. Todavía se escapa a mi entendimiento porque no me habló de sus sentimientos pero si tomaron la decisión de casarse, ya no hay nada que pueda yo hacer. Que tenga un buen día.

Constance se sentó un momento en la pequeña sillita frente a la ventana que daba a la calle. La casa de la amiga de su padre era pequeña, en un barrio modesto pero ella y su familia la habían tratado con mas cercanía y cariño que su propia tía. Aun así, echaría de menos “Loon Springs“pero no podía quedarse después de lo que sucedía entre ella y Víctor. Había actuado con desvergüenza correspondiendo ese beso de Víctor y comportándose de una manera inmoral al dejarlo tocarla de manera tan íntima. Se horrorizó al recordarlo y sus ojos se humedecieron, sentía mucha tristeza en su corazón pero también rabia porque a pesar de que sabía que no había actuado bien, no podía dejar de sentir anhelo por sus caricias y besos apasionados. Tenía que quitárselo de la cabeza, ella no era mujer para un noble por mucha educación que tuviera y el hecho de que siquiera pudiera pasar un enlace entre ella y el conde, solo traería desdicha para su prima y enemistad entre ella y su familia por siempre.

Días después Víctor fue por Constance a Londres. La buscó por cielo y tierra hasta que su primo lo ayudó diciéndole que Aurora le había dicho donde se quedaba. Y gracias a eso, ahora se dirigía hacia allí. Llegó a una casa en Half Moon Street, una casa grande aunque un poco vieja. Cuando llegó fue atendido por el mayordomo al que le dio su tarjeta de visita y poco tiempo después bajaba una muy sorprendida Constance a recibirlo.

—¿Víctor?... quiero decir Lord Carston —se preocupó al verlo con esa cara—. ¿Ha sucedido algo?

—Me temo que sí, y por el amor de Dios, no me llames más Lord Crasford.

—Está bien, pero dime ¿Todos están bien en Loon Springs?

—Yo no diría bien, exactamente.

Ella inmediatamente puso una mano en si pecho. —¿Le pasó algo a la baronesa? ¿Y la prima Aurora?

—Ellas gozan de perfecta salud, sin embargo no sé como vas a tomar las noticias que traigo.

—Por Dios habla, dime lo que sabes que ya me estoy asustando.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado? —le preguntó mirando al mayordomo que aunque miraba hacia otra parte, escuchaba cada palabra de lo que allí se decía.

—Por aquí, por favor —ella le señaló uno de los salones. Ambos se dirigieron allí y cerraron la puerta tras ellos.

—Dime ahora sí, ¿Qué ha pasado?

—Mi primo Nigel y tu prima han escapado a Gretna Green.

—Oh Mi Dios bendito —exclamó sorprendida—. Lady Tinsley debe estar desecha.

—Puedo decirte que no está feliz con lo que ha ocurrido.

—No es para menos. —Lo miró con reproche—. ¿Estabas al tanto de las intenciones de tu primo?

—¡Por supuesto que no! —le respondió indignado—, ¿qué clase de persona crees que soy? Y recuerda que lady Aurora y yo estábamos comprometidos. Aquí yo soy el agraviado.

—Lo sé, pero también sé que no le correspondías plenamente a sus afectos.

—Y ella tampoco a los míos al parecer.

Constance se quedó pensando un momento. Se levantó y fue lentamente a la ventana con un gesto indescifrable.

—Debo ser totalmente sincero, Constance. Lo cierto es que cuando llegué a casa de tu tía, no lo hice para averiguar lo que pasaba con Lady Aurora. Yo iba porque necesitaba hablar con la baronesa y decirle que no podía seguir con el compromiso.

—¡Oh por Dios! ¿Pero como ibas a hacer algo tan cruel?

—¿Cruel? —le preguntó sin poder creer la manera tan fácil en la que ella lo juzgaba—, crueldad sería someterme a un matrimonio sin amor, sabiendo

que la mujer con la que me caso nunca recibirá mi total y genuino afecto porque estoy enamorado de otra.

—Victor...

—Por favor, seamos sinceros de una vez.

—Está bien, Víctor. Yo expresé en aquella carta que todo estaba dicho. No podría jamás hacer algo en contra de mi propia familia. Es lo único que me queda.

—No estás haciendo nada malo. En todo caso fue Aurora, la que no hizo las cosas bien o mejor dicho, las hizo muy bien. Ella sí luchó por su amor y estoy seguro de que en ningún momento pensó en mí o en el escándalo. —Se acercó a Constance—. Por favor, mi querida Constance —sus manos atraparon las suyas—, quiero hacer lo correcto, lo que me dicta mi corazón. Desde que te volví a ver no he podido sacarte de mi mente ni un minuto. Eres más que perfecta para mí. —la tomó por la cintura y con un pañuelo deslizó una mano por un costado de su rostro secando sus lágrimas.

—¿Por qué lloras, mi amor?

—Es mejor que te vayas... creo que debe tener cosas más importantes que hacer que perder el tiempo conmigo.

—En este momento lo más importante para mí, se encuentra aquí.

Ella se apartó apresuradamente. Por su rostro pasaban muchas reacciones; rabia, tristeza y por último resignación. —¿Es que no ves que lo que trato de decir es que busques alguien a tu altura? ¡Buen Dios! ¿Qué piensas hacer con una mujer sin una gota de sangre noble y de paso sin dote?

—No necesito una dote —sonrió. Además una de esas jóvenes con las que quieres emparejarme, nunca serán tu. Ella lo miró sin saber bien que decir, y Víctor aprovechó su momento de vacilación para tomarla en sus brazos—te amo, Constance. Ha sido terrible pensar que no te volvería a ver, que nunca más en mi vida volvería a sentirme vivo, como me siento contigo.

—Víctor... —dijo casi en un susurro.

—Te quiero como mujer, te quiero como esposa, como la persona con la que quiero estar el resto de mi vida. —La miró suplicante— ya no luches mas contra lo que sentimos.

Constance lo abrazó y él buscó su boca, uniéndolos sus labios en un beso que

unió sus almas, sus corazones, un beso que le hablaba a ella de la intensidad de sus sentimientos.

—Te quiero, Constance —le dijo entre pequeños y dulces besos, para luego volver a tomar su boca con urgencia, haciéndola temblar de deseo.

Ambos rompieron el beso al mismo tiempo, jadeando en busca de aire. Víctor sabía que si no se hubiera detenido, le habría importado poco hacerla suya allí, en la sala de su amiga.

—Víctor... mis sentimientos por ti siempre fueron muy profundos, pero pensé... bueno... yo creí que seguías siendo ese jovencito altanero y humillante de hace tiempo y que a pesar de que ahora veía en ti cualidades de un hombre integro, podías estar burlándote de mí. Te veía tan dedicado y galante siempre con mi prima que...

—Nunca me burlaría de ti. No sé que hice para que pensaras eso, pero si solo fue una impresión que llevabas desde que era un niño, quiero que sepas que mucho ha pasado desde entonces. Y sé que muchas veces puedo parecer demasiado serio o indiferente pero jamás pienses que es contigo. —su mano acarició su espalda, sentía un deseo irrefrenable por hacerla suya, por que fuera su esposa—. No veo la hora de que ya seas mi mujer.

Ella se sonrojó. —Yo... también lo deseo muchísimo.

Víctor la observó solo un momento más y la llevó hasta una silla para que se sentaran antes de que cometiera alguna locura. Se dijo mentalmente que solo faltaban unos días, porque él no admitiría que ella dijera que esperaran meses para casarse. —Hablaremos con la baronesa, mañana mismo.

Ella lo miró asustada. —¿Con ella?

—Por supuesto. El único hombre de tu familia tiene quince años y está en un internado y la persona responsable por ti, después de la muerte de tu padre, es la baronesa.

—¿Y si dice que no?

—Me importa un diablo, si no le gusta la idea de que nos casemos. Solo voy a hablarle por mera formalidad pero tú serás mi mujer y eso está decidido.

—Lo sé, pero no va a querer.

—No temas, mi amor. De eso me ocuparé yo.

Días después Constance se casaba en la parroquia del pueblo. Se veía radiante en su vestido color primavera caminado en la iglesia, mientras los más allegados a ella y los buenos amigos de él, les sonreían. Todo fue tan rápido, casi como un parpadeo. En un momento recitaron los votos, luego el anillo fue bendecido y Víctor lo colocó en su dedo diciendo; "Con este anillo te desposo, con mi cuerpo te adoraré y con todos mis bienes terrenales te dotaré. En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén". Los votos fueron seguidos por la comunión, y luego el clérigo recitó las escrituras sobre el matrimonio y rezó. Todo terminó con la firma de ambos en el registro parroquial. Minutos después estaba en casa de él, mientras un abundante y muy elegante desayuno nupcial era servido para ellos y los invitados.

Constance todavía no podía creer que estuviera casada con el hombre que amaba y que él hubiera podido convencer a sus familiares de que querían pasar el resto de su vida juntos. Su tía al comienzo estaba furiosa con ella y con Víctor, pero fue cediendo, sobre todo al ver que Aurora era realmente feliz con Nigel, y que en ningún momento él la había seducido o algo por el estilo. Vio el amor que los unía y que a pesar de su apresurada decisión de casarse lejos de todos y a escondidas, él era un hombre que podía responder por ella. Otra cosa que ayudó mucho a su cambio, fue el enterarse de que Nigel sería el único heredero de la fortuna de un pariente lejano que vivía en América y que al parecer, estaba muy enfermo. Conociendo bien a la baronesa viuda, sabía qué pensaría en que podía sacrificar un título, si había de por medio una gran fortuna. Cuando los dos primos habían tenido tiempo para conversar, ya más calmados después de todo lo que pasó, Nigel le pidió perdón a Víctor y le dijo que lo había hecho por amor y porque se había dado cuenta desde el principio de que él estaba interesado en Constance, no en Aurora, mientras que Nigel besaba el suelo que ella pisaba desde que la conoció en Londres.

Víctor lo perdonó de corazón porque sabía que era cierto lo que decía y que tal vez ese había sido el empujón que necesitaba para atreverse a luchar

por el amor de su amada Constance.

Ya en la noche, ambos habían decidido pasar su primera noche de casados en casa, para partir a la mañana siguiente a un viaje de tres meses por Europa. Ella un poco cansada, subió primero para cambiarse de ropa y prepararse para su noche de bodas. Un tanto asustada, dejó que su doncella la ayudara, mientras pensaba en que no tenía ni la más remota de lo que haría con su marido. Después de un rato, la puerta se abrió revelando a su marido que venía vestido con una bata de seda azul oscuro.

—Buenas noches —dijo Víctor, entrando en la habitación muy sonriente.

—¡Buenas noches! —dijo ella nerviosa.

Él se sentó en la cama y deslizó un brazo alrededor de su cintura. —¿Me estabas esperando? —murmuró mientras sus labios acariciaban su cuello.

—Sí, bueno... no —corrigió de prisa.

Víctor sonrió. —Eso me decepciona —dijo con una sonrisa malévolamente. La acomodó en el colchón—. ¿Quieres algo de vino?

—¿Mmm? —Era difícil pensar cuando él maniobraba su camisón con sorprendente habilidad—. ¿No... no deberíamos ir un poco más despacio?

—¿Estas nerviosa, cariño? —el toque de sus dedos la distraía— no debes estarlo —su voz era muy suave en su oído. De repente sintió que ahuecaba su pecho, acariciando su pezón, haciendo que ella se presionara contra su mano. Eso se sentía tan bien que se imaginó que tal vez no había necesidad de estar tan nerviosa por ser una virgen inexperta en artes amatorias. Su prima le había dicho que el hombre era quien tomaba la iniciativa y guiaba. Y bueno...sus caricias le gustaban y parecía como si supiera bien lo que hacía mientras le daba besos en el cuello. Fue quitándole poco a poco su camisón, mientras ella trataba de hacer lo mismo con la bata de él hasta que ambos quedaron desnudos. Podía sentir un enorme protuberancia y recordó cuando ese beso devastador que le dio una tarde, mostró lo apasionado y bien dotado que era. Sentía algo grueso y muy duro contra su muslo mientras la besaba de nuevo haciéndola olvidar todo lo que en ese momento pudiera causarle ansiedad. Moviéndola hacia adelante acariciando con su miembro, esa parte tan privada de ella—. No quiero hacer esto rápido —le dijo con voz gutural—, odiaría lastimarte. Se alejó un poco de ella y empezó a acariciar con ambas

manos por el interior de sus muslos luego bajó hasta quedar a la altura del triangulo de rizos que tanto quería explorar y suavemente separó sus piernas mas y mas para mirar su sexo de cerca, haciendo que ella se ruborizara.

—Yo... no creo que esto sea correcto —dijo de prisa.

—Eso dices ahora... —susurró; y bajó su cabeza.

Constance saltó al sentir su boca tocándola. Era tan suave, húmeda y caliente que era insoportablemente delicioso. Pero de repente pensó que ese no era el comportamiento de una dama. —¡No! No sigas, por favor. —chilló presa de la vergüenza.

—Eso no pasará —le dijo dejando de acariciarla con su boca solo por un momento.

—Víctor... —jadeó, al tiempo que él ahondaba con su lengua, primero suavemente, luego más fuerte, lamiendo y acariciando hasta que la hizo retorcerse y sollozar.

Pero él sostuvo sus caderas firmemente en su lugar y siguió atormentándola con su lengua. Constance sentía que no podía soportarlo más y al final se rindió al asedio de esa boca que succionaba fuerte su sexo. Un pequeño grito salió de su boca y jadeó temblando mientras sentía que el orgasmo la golpeaba fuerte. Pero no se dio cuenta de que ese sería el momento que él escogería para penetrarla de un golpe rápido.

Constance gritó ante el dolor que sintió, y él se detuvo.

—Lo siento, no quería lastimarte, pero es mejor así. Sí lo hago lento, dolerá más —la miró preocupado—, ¿te duele mucho?

Ella negó con la cabeza, pero él supo que mentía pues una lágrima corría por una de sus mejillas. Constance sintió que podía partirse en dos, ante aquella intrusión, pero luego los dedos de él comenzaron a masajear sus labios internos y ella sintió que tomaba una parte en especial y la acariciaba, hasta que ella nuevamente sintió que le urgía tenerlo dentro de ella.

—¿Quieres que me detenga?

—No lo hagas —le dijo antes de que Víctor entrara de nuevo en ella. Sus empujes eran tan intensos que la hicieron retorcerse y pensar que se incendiaría allí mismo del calor tan impresionante que recorría todo su cuerpo. Golpeó fuerte en su vagina y ella se arqueó hacia él gritando su

orgasmo sin importarle quien pudiera escucharla

Víctor gruñó, derramando su semilla dentro de ella sosteniéndose fuerte mientras su cuerpo se sacudía ante la intensidad de su clímax. Constance lo miró hacer una expresión de agonía que luego cambió a una de placer puro.

Ella le sonrió y él se apartó de ella rodando sobre su espalda para luego llevarla con él y envolverla en su abrazo.

—Ahora eres mía —susurró—. Mi hermosa esposa.

Ella sonrió apenas capaz de creer lo que acababa de suceder.

—Te amo —le dijo él, emocionándola hasta lo más profundo.

Ella se volteó para quedar frente a él y darle un beso. —Yo también te amo.

¿Era esto un sueño?, se preguntó sonriendo, aunque tenía miedo de despertar en cualquier momento. Hace menos de un año, veía un futuro nada prometedor para ella. Era una huérfana, sin dote y sin un trabajo, que dependía de la caridad de su familia paterna, que no la estimaba mucho. Obviamente eso ahora había cambiado y en su familia la veían como a una condesa a la cual trataban con deferencia. A ella poco le importaba ese título, lo que realmente agradecía cada día, era poder tener junto a ella un hombre que verdaderamente la amaba y no había dudado en luchar por su amor. Ese, era el regalo más maravilloso de todos.